

Gaston Racine

SER CRISTIANO



Gaston Racine

SER CRISTIANO

EL CRISTO DESCONOCIDO



Être chrétien/Le Christ inconnu

Gaston Racine

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Foto portada: Embalse de Riaño (Abigail Rodés).

Ser cristiano/El Cristo desconocido

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: diciembre 2022.

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera 2020.

Las citas fuera del texto y las notas al pie (excepto las referentes a las citas bíblicas) no pertenecen a la edición original en francés.

Imprime:



Índice

Prefacio	7
Introducción	9
1. Fidelidad a la Biblia	11
2. Fragancia de Cristo	15
3. Carta de Cristo	23
4. Imagen de Cristo	31
5. Embajadores de Cristo	39
6. Templo de Dios	47
7. En Cristo	55
Apéndices	
<hr/>	
El Cristo desconocido	65

A mis hijos, Hélène, Françoise, Jean-Bernard, Daniel y Grâce.

Prefacio

Estos mensajes bíblicos, dados en París durante una misión destinada a preparar algunas comunidades evangélicas para un esfuerzo de evangelización, fueron grabados por nuestro amigo y hermano Jacques Blocher, pastor del Tabernáculo. Revisados y condensados por el autor, aparecieron en 1956 en el periódico *"Servir en l'attendant"* (Servir esperándole).

Me he esforzado en mantenerlos en su forma directa e improvisada. Por lo tanto, no debe sorprendernos encontrar en estas páginas todas las características del estilo hablado: lenguaje mordaz, llamamiento a la conciencia y al corazón, las repeticiones necesarias para unir estos mensajes entre sí y hacer penetrar una enseñanza precisa en las almas.

Aunque estos no son estudios bíblicos propiamente dichos, el lector atento reconocerá fácilmente que la autoridad de estos mensajes descansa únicamente en la Palabra de Dios, cada pensamiento expresado se relaciona con una referencia bíblica y no con un sentimiento personal. Por eso he creído necesario citar los numerosos textos que inspiraron y alimentaron mis pensamientos¹.

Que Dios acompañe estas páginas y contribuyan a acelerar la renovación del testimonio cristiano, en vista del regreso de Jesucristo y la salvación de muchas almas.

Gaston Racine

Niza, abril 1957

1 ► Algunas citas se transcriben literalmente, otras simplemente se mencionan, aunque es aconsejable leerlas para comprobar que lo que el autor dice no es algo de su invención, sino que proviene directamente de la revelación divina.

“Creo en el cristianismo como creo que el sol ha salido. No solo porque lo vea sino porque gracias a eso puedo ver todo lo demás”.

C.S Lewis

Introducción

¿Sabes que hay hoy muchos hombres y mujeres en este mundo que buscan un cristiano? Esta declaración no dejará de sorprenderte. ¿Cómo —dirás—, son acaso los únicos en nuestras ciudades y nuestros campos que no conocen nuestras iglesias, nuestros templos, nuestras capillas y nuestros lugares de reunión? ¿No han oído hablar de las grandes misiones de evangelización organizadas por nuestras comunidades para llegar a las masas descristianizadas?

Es cierto que los edificios religiosos —aunque menos numerosos que los bares y los locales de dudosa reputación— no faltan hoy y que las multitudes que lo desean tienen la oportunidad de escuchar la predicación del evangelio más a menudo que antes. Incluso es posible escucharlo sin salir de casa, simplemente accionando el interruptor de la radio. Pero escuchar un mensaje o entrar en un edificio religioso, no es todavía haber encontrado *“un cristiano”*.

Ahora bien, este cristiano es buscado, consciente o inconscientemente, por el obrero en la fábrica entre sus compañeros; por el oficinista en su despacho entre sus compañeros. Al empleado le gustaría encontrarlo en su jefe, al cliente en el vendedor y al vendedor en el comprador. El estudiante se regocijaría al encontrarlo entre sus compañeros de estudios, y el alumno entre sus maestros.

Amigo lector, que dices ser de Jesucristo, cualquiera que sea tu edad, tu ocupación, tu posición social, las miradas están fijas en ti, los oídos te escuchan y buscan encontrar en tu comportamiento, en tus acciones y en tus palabras, un reflejo de la vida de Jesús.

¿Eres cristiano? Esta pregunta puede parecer inaceptable para algunos. ¿No implica esto que muchos lectores no son lo que deberían ser y no están dando un testimonio digno del Señor? Sin tal vez tener los sentimientos de Coré, Datán y Abiram, ¿no dirán en sus corazones: *“¡Estamos hartos de vosotros! Toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de*

ellos está el Señor..." (Números 16:3)? ¿No somos fieles a las Escrituras, a los hombres y mujeres de la Biblia? ¿No nos reunimos en el nombre del Señor, y no es Él el centro de nuestra adoración?

Sería mucho mejor recordar las solemnes palabras que el Señor dirige a su pueblo: *"No confiéis en palabras de mentira, que proclaman: ¡templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es este! Pero si de veras mejoráis vuestros caminos y vuestras obras; si en verdad practicáis la justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimís al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramáis la sangre inocente, ni vais tras dioses extraños para vuestro propio mal, yo os haré habitar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre"* (Jeremías 7:4-7).

Por tanto, no basta decir *"tenemos la verdad"* o repetir *"estamos en la verdad"*, para que sea así a los ojos de Dios y del mundo. Por eso, inspirándonos en la segunda epístola de Pablo a los Corintios, y exhortándonos a nosotros mismos, queremos presentaros en las siguientes páginas diferentes aspectos del testimonio cristiano.

Sin embargo, antes de entrar en el meollo del asunto, nos parece útil, en un primer capítulo, definir nuestra posición frente a la Biblia.

El título de este capítulo es quizás poco exacto, incluso diríamos, a riesgo de parecer paradójicos, poco bíblico. Sin embargo hemos de entender que no se trata de fidelidad a un libro, por precioso que sea, sino de apego a la Palabra de este libro, a la doctrina, a la vida, a la persona que nos ha sido revelada por la Biblia.

Dos peligros nos amenazan constantemente: la ortodoxia muerta y el liberalismo. A veces es perturbador encontrar personas acusadas de liberalismo que “viven” las enseñanzas de las Escrituras y ver a los defensores ardientes de la ortodoxia descuidar la práctica de las palabras de Cristo. Ciertamente siempre tenemos, y dondequiera que vayamos, una Biblia en nuestro bolsillo. Pero, ¿de qué nos serviría a nosotros y a los demás este apego, si no actuara en nuestra vida lo que dice “el libro”?

Necesitamos el libro para dirigir nuestra vida, pero Dios no quiere que nos quedemos en el libro. Es una brújula que nos guía, un faro que nos hace esquivar los arrecifes, una lámpara que nos ilumina en la noche. Pero ni la brújula, ni el faro, ni la lámpara tienen un fin en sí mismos y no existen por sí mismos. Asimismo, la Biblia sólo importa por lo que revela de manera trascendente: *el único Dios, nuestro Creador y nuestro Redentor*. Es una carta impagable, por la ausencia del autor. Si el hombre se hubiera quedado con Dios, no habría Biblia. Solo fue escrita cuando nos separamos de Él. Si existe la Biblia hoy es a causa del pecado, que privó al hombre de la contemplación directa de Dios.

Cuando Jesús estuvo en la tierra, recurrió a la Escritura sólo para probar su origen y demostrar que era perfecto. Cada página está llena de Él (Lucas 4:16-21, 24:27). Las Escrituras debían llevar a los judíos a Cristo (Juan 5:39-40). Los fariseos, tristemente, prefirieron el libro a la persona. No fueron hasta el final, es decir a Cristo, y su apego al libro y a sus tradiciones los llevó a crucificar a Jesús (Juan 8:37-47). La letra no vivificada por el Espíritu los hizo ciegos y criminales. Todo esto todavía puede suce-

der hoy (2 Corintios 3:6). Nadie, sin embargo, crea que busquemos disminuir el valor del libro por excelencia. Nuestro objetivo, por el contrario, es mostrar a la luz de las Escrituras lo que es la verdadera fidelidad a la Palabra de Dios.

¿Qué es la fidelidad?

Según las escrituras hay tres tipos de fidelidad:

- La fidelidad de Dios.
- La fidelidad del hombre natural.
- La fidelidad del cristiano.

1. Considerada en Dios, la fidelidad es la perfección que consiste en la acción continua de su amor a través de los tiempos y a pesar de los obstáculos. *"Dios es fiel"* (1 Corintios 10:13). Somos fieles al que es más grande que nosotros mismos. Dios, que no tiene a nadie por encima de sí mismo, es absolutamente fiel a sí mismo, es *"en quien no hay cambio, ni sombra de variación"* (Santiago 1:17). Sus pensamientos son inmutables, sus palabras eternas, sus acciones intachables. Es su fidelidad la que dará pleno cumplimiento a sus promesas (Nehemías 9:8, Romanos 4:20-21). Él completará la obra que comenzó en nosotros (Filipenses 1:6, Salmo 138:8). Su fidelidad es inquebrantable (Isaías 49:7). Llega hasta las nubes (Salmo 36:5) y permanece para siempre (Salmo 119:90).

2. Considerada en el hombre, la fidelidad es una virtud natural, la fuerza que consiste en un apego firme a las promesas hechas (Génesis 31:45-54), al cumplimiento de un propósito (Jueces 11:39), a la persona amada (1 Samuel 20:17) o a un ideal moral (Gálatas 1:14). Vemos así a hombres de todas las edades y de todas las tendencias siendo fieles a su país, a su hogar, a su mujer, a sus amigos, a su club, a su partido, a su iglesia, a un objeto, a unas costumbres y tradiciones. No es necesario ser cristiano para tener esta fidelidad (2 Reyes 12:15).

3. En el auténtico hijo de Dios, la fidelidad es fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Es un apego creado por el Espíritu por las cosas de lo alto, por lo que agrada a Dios, por lo que viene de Dios (Colosenses 3:1-3). Es lo que nos une a Dios mismo, a su voluntad que es ley suprema, cualquiera que sean las circunstancias adversas, las incesantes tentaciones del egoísmo y del mundo, la ingratitud de los hombres y la ruina de nuestras esperanzas.

La fidelidad a la Biblia debe ser un fruto del Espíritu y no un celo carnal que conduce a la ceguera espiritual y el fanatismo. La fuente de la fide-

dad cristiana es el amor. Su origen, la grandeza de Dios. Su propósito, la gloria de Dios. Su objeto, Dios mismo. Sus consecuencias, una obediencia total a las órdenes divinas. Su modelo, Jesucristo, "el testigo fiel" (Apocalipsis 1:5). Sus resultados, paz de corazón y almas salvadas.

Hay, pues, fidelidad:

- Si la fuente que la alimenta es el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5). Los fariseos no tenían el amor de Dios en ellos (Juan 5:42).
- Si la causa que nos hace actuar es la grandeza y majestad de Dios reconocida, y su señorío aceptado (Salmo 45:11).
- Si la meta constantemente propuesta es la gloria de Dios y no la nuestra (Juan 5:44, 12:43).
- Si su objeto es Dios mismo, convertido en el centro de nuestros afectos (Hechos 16:15).

La fidelidad cristiana solo existe si se manifiesta en una obediencia incondicional e ilimitada que llega hasta la muerte (Apocalipsis 2:10). Solo tiene valor si es conforme a la de Jesucristo (Filipenses 2:5-11). Finalmente, los frutos de la fidelidad se manifiestan en el corazón del creyente por una buena conciencia, fuente de paz y serenidad y, a su alrededor, por un testimonio que da buenos frutos (1 Pedro 3:8-17).

A la luz de los puntos precedentes, podemos decir que la fidelidad a la Biblia no es por tanto:

- Un simple reconocimiento de la inspiración verbal de las Escrituras.
- La adhesión a una confesión de fe escrita en un lenguaje ortodoxo.
- La vehemente proclamación de nuestro apego a los principios fundamentalistas.
- La reputación de ser de inspiración divina.

No nos equivoquemos. Así como uno puede creerse salvo y no serlo, uno puede creerse fiel a la Biblia y engañarse (Mateo 7:21). Tengamos cuidado también de no confundir la fidelidad a la Biblia con la fidelidad a una interpretación, a un sistema doctrinal, a la tradición, a las costumbres, a nuestra iglesia, a los principios de nuestra comunidad.

La fidelidad a la Biblia tampoco es un mero apego a un libro extraordinario. No tiene valor si no es una fidelidad a la Palabra viva, a la persona inefable revelada por la Biblia, a Cristo. Si la Biblia es reconocida como

la revelación de Dios a los hombres, si esta revelación es aceptada, se nos impondrá, tendrá autoridad sobre nuestro corazón y nos conducirá a la obediencia. Este libro nos instruirá, nos reprenderá, nos corregirá y dejaremos que esta palabra transforme nuestra vida (2 Timoteo 3:16-17).

En definitiva, la fidelidad a la Biblia se manifiesta:

- Si dejamos que la Escritura corrija en nuestra vida lo que no está conforme a su enseñanza.
- Si permitimos que la Escritura tome el control, y que se cambie en nuestras iglesias y comunidades lo que no esté en armonía con lo que declara.
- Si ponemos la Escritura por encima de predicadores, reformadores, Padres de la iglesia, tradiciones, costumbres, hábitos.
- Si dejamos que la Palabra dirija nuestros pasos, no dejándonos guiar por los principios del mundo.
- Si no usamos la Biblia para buscar en ella confirmación o justificación de nuestros pensamientos, nuestros principios, nuestras costumbres, que sabemos muy bien, son ajenas a Cristo.

En conclusión, cada uno puede medir el valor que le da a la Biblia, por el valor que da a Cristo en su corazón. Y el valor que Cristo tiene para nosotros se mide por nuestra obediencia a sus mandamientos. Esta misma obediencia encuentra su fuente en el amor que tenemos por aquel que habló. Y este amor nace en nuestros corazones como respuesta a la revelación de su amor por nosotros en la Cruz. Por lo tanto, la fidelidad a la Biblia no es un apego a un texto, sino a la Persona que inspiró este texto. Hay un amor por el texto que es farisaico y que mata. Un amor por la Biblia que no transforma la vida es idolatría, y es tan peligroso como el liberalismo (1 Juan 5:21).

Que nuestro apego a la Biblia no se manifieste con palabras, ni con una simple posición doctrinal, sino con una vida que sea testimonio diario de Jesucristo. La ruina del testimonio cristiano no viene de los grandes negacionistas, sino de todos los que afirman ser cristianos y no viven como tales. Cuando nuestra vida sea perfume, carta e imagen de Cristo, cuando seamos verdaderamente sus embajadores, cuando nuestro corazón sea templo del Dios vivo, y nuestra actitud en el mundo la de hombres y mujeres en Cristo, la Biblia tendrá entonces sus testigos fieles y verdaderos.

Ser cristiano, según el apóstol Pablo, es ante todo ser fragancia de Cristo, dondequiera que estemos. Escuchemos lo que dice: *"Pero gracias a Dios, que siempre nos hace salir triunfantes en Cristo Jesús, y que por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el aroma de su conocimiento. Porque para Dios somos fragancia de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden: para estos, ciertamente, aroma de muerte para muerte, y para aquellos, aroma de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es capaz?"* (2 Corintios 2:14-16).

Para que estas palabras no se queden simplemente en hermosos textos, sino que se conviertan en realidad en nuestra vida debemos, en respuesta al llamamiento de la gracia, renunciar a nosotros mismos (Mateo 16:24) y dejarnos sumergir en el Espíritu Santo (1 Corintios 12:13) que, por el bautismo, nos identifica con Cristo en su muerte y resurrección (Romanos 6:3-7). La muerte y la vida de Jesús se convierten entonces, por la fe, en realidades operativas en nosotros y a nuestro alrededor (2 Corintios 4:10-12). Por lo tanto, ya no estamos aquí para nosotros mismos, sino para Dios. Ya no vivimos para nosotros mismos, sino para aquel que murió y resucitó por nosotros (2 Corintios 5:15).

Así, con el apóstol, los creyentes pueden dar gracias a Dios que, en Cristo, les hace triunfar siempre, queriendo esparcir a través de ellos el aroma de su conocimiento en todo lugar. Este aroma es el de Cristo mismo que por su presencia en nosotros continúa su encarnación en el mundo, de tal modo que los sufrimientos y las alegrías del cristiano se convierten en los del mismo Jesús (1 Pedro 4:12-16). Entre los que se salvan y entre los que se pierden, Cristo se hace en nosotros para unos aroma de vida que da vida, y para otros aroma de muerte que da muerte. En este mundo, por tanto, el cristiano no vive sólo *"entre los que se salvan"*, disfrutando con ellos de todo lo que da la vida misma del Padre y del Hijo (1 Juan 1:3-4). También está rodeado de *"los que se pierden"*.

¿Cómo no dejarse atrapar por estas palabras que aparecen cuatro veces en el Nuevo Testamento? Sí, a nuestro alrededor, las almas se están perdiendo. Y sin embargo sabemos que *“de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo único para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”* (Juan 3:16). *“Los que se pierden”*, nos dice el apóstol, son los que no han recibido el amor de la verdad para ser salvos (2 Tesalonicenses 2:10). La predicación de la cruz es locura para ellos (1 Corintios 1:18). El buen aroma en Cristo, aroma de muerte (2 Corintios 2:15-16).

A los incrédulos, el evangelio aún les está velado porque el dios de este siglo ha cegado su inteligencia (2 Corintios 4:3-4). Nos toca a nosotros, los cristianos, manifestar esta verdad. Esta predicación de la cruz nos corresponde a nosotros hacerla resonar. Este buen aroma de Cristo, nos toca a nosotros difundirlo. Este evangelio velado, nos toca a nosotros vivirlo entre los que perecen, para que en sus corazones nazca el amor por la verdad que habrán reconocido, oído, sentido y contemplado encarnada en nosotros.

¿Cómo podrán *“los que se pierden”* reconocer y amar la verdad, si no ven a los cristianos andar en ella? ¿Cómo aceptarán la predicación de la cruz, si no ven que es poder de Dios en los que creen? ¿Cómo será el perfume de Cristo *“aroma de vida”* si los que perecen no respiran en nuestro contacto el excelente aroma de una vida que es luz, y cuyo fruto consiste en toda clase de bondad, justicia y verdad? (Efesios 5:8-9). ¿Cómo se rasgará el velo que los ciega, si todavía estamos sujetos a la influencia del dios de este siglo, conformándonos a sus deseos?

Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad y, si hay un solo mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:3-6), sin embargo depende de los cristianos guiar a los hombres al Salvador (Juan 1:42). Pero, ¿quién es suficiente para estas cosas? ¿O quién está a la altura de tal tarea?

Dios no nos pide que improvisemos nuevos métodos para salvar almas, ni que multipliquemos nuestros esfuerzos para predicar a las multitudes. Él espera que los cristianos sean para esas multitudes, en su trato con los fornicarios, los avaros, los ladrones y los idólatras de este mundo, la fragancia de Cristo (1 Corintios 5:9-10). Muchas de las llamadas actividades cristianas son, en realidad, solo obras muertas (Hebreos 9:14).

Como moscas muertas, infectan el testimonio cristiano y corrompen el aceite del perfumista (Eclesiastés 10:1). ¿Qué aroma tenemos para Dios? Que fragancia inhala de nuestras obras y de nuestra vida. Hay una sola fragancia que agrada a Dios, la que una vez se elevó de los holocaustos ofrecidos en el altar por Noé (Génesis 8:20-21), luego por Aarón y sus hijos (Levítico 1:1-17). Por eso llama el apóstol al sacrificio de Cristo: "*olor agradable a Dios*" (Efesios 5:2). Asimismo, es por la ofrenda de nuestro cuerpo, de todo nuestro ser, como sacrificio vivo y santo, que seremos agradables a Dios y que nuestro servicio a Él será verdaderamente inteligente (Romanos 12:1-2).

El culto racional (inteligente) a los ojos de Dios, no es lo que los cristianos hacen de una forma u otra los domingos por la mañana. Es una vida entregada en el altar, una consagración total, renovada cada mañana y comprometiendo todo nuestro ser (Hebreos 13:15, Salmo 103:1). Cuando Jesucristo ha sido verdaderamente aceptado como Salvador, no permanece como un extraño en nuestras vidas. Se convierte en su dueño, en su Señor, y transforma no sólo nuestra forma de pensar, sino también nuestra forma de vivir. Por eso la conversión no puede quedar en algo solo puramente interior.

Como escribe el Dr. André Schlemmer¹: "*El pensamiento no existe, por sí mismo, separado del cuerpo... El espíritu no habita el cuerpo, está encarnado, unido al cuerpo por la vida. No hay parte del hombre que no sea al mismo tiempo cuerpo, vida y espíritu. Por eso toda realidad interior tiende a tomar forma y se traduce de manera exterior, accesible a los sentidos. Nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros deseos moldean nuestro rostro, la forma de nuestro cuerpo, nuestros gestos, nuestra voz. Constantemente tienden a manifestarse en forma material, en forma de palabras (que son sonidos, por lo tanto, vibraciones del aire) y actos. Tanto es así que hay que negarse a creer en la sinceridad de un sentimiento que no cambia las cosas que nos rodean, de un entusiasmo que no actúa, o de un afecto que no da nada*" (Del libro: "*La renovación del pensamiento*").

Una doctrina puede aceptarse intelectualmente sin influir en nuestro comportamiento exterior, pero la vida eterna no puede ser recibida en

1 ► André Schlemmer (1890-1973). Doctor en medicina. Autor entre otras obras de "La renovación del pensamiento" y "El método natural en medicina".

nosotros sin producir fruto en todo el hombre, espíritu, alma y cuerpo (1 Tesalonicenses 5:23). Este fruto es la santificación (Romanos 6:22). Para esparcir la fragancia de Cristo por todo el mundo, no basta haber oído hablar de Jesús, ni haber aceptado su Palabra como fórmula de salvación; debemos estar unidos con Él en su muerte y resurrección. Por este vínculo inalterable, nos mantenemos en su presencia, y es ella quien impregna nuestra vida con su aroma.

Todos sabemos que basta con viajar unas horas en compañía de fumadores para quedar, sin haber fumado, impregnados del olor a tabaco. Del mismo modo, al salir de un consultorio dental, no necesitamos revelar a nuestros allegados de dónde venimos. Así es con el que vive cerca del Señor. Sin palabras, su vida respira el aroma de su amado (Cantares 1:12). El mundo debe respirar en contacto con el verdadero cristiano la atmósfera del santuario celestial, algo de esa paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7), de este amor que sobrepasa todo conocimiento (Efesios 3:19), de esta benévola ternura de Cristo (2 Corintios 10:1).

No puedes tener una relación personal con Jesús y seguir siendo el mismo. El verdadero conocimiento bíblico es la revelación de una persona que se convierte en el centro de nuestros afectos, y cuya palabra despierta nuestra conciencia, instruyéndonos, reprendiéndonos, corrigiéndonos, a fin de prepararnos para toda buena obra. (2 Timoteo 3:16-17).

La cruz salvadora nunca deja indiferente al hombre. Si Jesús simplemente hubiera llevado una cruz en su pecho, no habría sufrido tanto y no habría muerto. Esta cruz habría sido un adorno y no habría salvado a nadie. La cruz que salva crucifica al que salva. El que nos salvó tenía que ser crucificado. La cruz fue el instrumento de su muerte y quien hoy es salvado por la cruz es crucificado por ella (Gálatas 6:14). No hay evangelio fuera de este.

El evangelio de la cruz es el que lleva a nuestro viejo hombre a la muerte, el que condena y aparta la carne para dar toda la gloria y toda la vida en nosotros, a Jesucristo. *"Y ya no vivo yo, —dice el apóstol Pablo— sino que Cristo vive en mí"* (Gálatas 2:20). La cruz que salva es la que nos crucifica, nos quebranta, nos aplasta, porque es de nosotros mismos sobre todo de lo que necesitamos ser salvos. Así la cruz se convierte también en el altar donde se consume una vida enteramente consagrada a Dios.

Si tantas personas llamadas cristianas siguen siendo orgullosas, duras,

egoístas, avaras, sensuales, mientras dicen pertenecer a Jesucristo, es porque han admitido la doctrina de la expiación como medio de justificación (Romanos 3:21-26), sin haber aceptado la cruz que es la única que pone fin a la vida del yo (Colosenses 2:11-12). Por eso Dios no puede conducirlos siempre en triunfo, ni manifestar a través de ellos el aroma de su conocimiento, por todas partes (Lucas 14:33-35).

En el libro del Éxodo, en el capítulo 30, versículos 22 a 38, encontramos una enseñanza notable sobre la composición del aceite santo y el incienso del santuario.

- Los diferentes elementos que formaban parte de la composición del perfume debían tomarse a partes iguales (versículo 34). Así, en el cristiano, fragancia de Cristo, la verdad y la caridad, la justicia y la misericordia, la mansedumbre y la firmeza, deben estar perfectamente equilibradas, como lo estuvieron en Jesús de Nazaret.

- Una vez obtenida la mezcla, había que machacarla muy finamente, reducirla a polvo (versículo 36). Nuestra naturaleza nunca podrá exhalar la fragancia de Cristo. Por naturaleza somos orgullosos, implacables, egoístas, sucios, impuros, mentirosos, injustos. Pero tal como somos, podemos ir a la cruz donde, ante el amor de Cristo, nuestro orgullo y todas nuestras tendencias naturales serán rotas, aplastadas. Entonces, del orgullo quebrantado, brotará el perfume de la humildad, y de todas nuestras inclinaciones naturales, aplastadas en la trituradora de los sufrimientos de Cristo (Gálatas 5:24) esparcirá, para Dios, en este mundo, el dulce y sutil aroma de la dulzura, la bondad, la pureza, la verdad y la justicia de Cristo.

- Este perfume tenía que ser bien mezclado, puro y santo (versículo 35). Debe ser así con nuestras vidas, que deben ser guardadas de la corrupción, preservadas de toda mezcla extraña y de toda contaminación.

- Reservado para el Eterno, nadie tenía derecho a componer tal perfume para su uso personal, ni a oler su fragancia. Asimismo, nuestra vida pertenece a Dios y no tenemos derecho a disponer de ella para nosotros, como tampoco tenemos derecho a complacernos en nosotros mismos, queriendo sentir el aroma de nuestras obras (Lucas 17:10).

- Finalmente, este perfume debía ser quemado ante el Eterno cada mañana y al anoecer, en el brasero del altar de oro (Éxodo 30:6-8). Para que el olor se extendiera, se necesitaba el fuego del altar todos los días. Asimismo, es necesario que el fuego del amor de Dios nos consuma para

que el nombre de Jesús esparza su aroma a nuestro alrededor. Podríamos tener todo el conocimiento, todas las cualidades y todas las virtudes, los más grandes dones espirituales, pero si no estamos animados por el fuego del amor divino, la fragancia de Cristo no brotará de nuestra vida (1 Corintios 13).

En el auténtico cristiano, el amor de Dios ha sido derramado en su corazón por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos 5:5). Este corazón se convierte entonces en un incensario divino por el que Dios esparce en este mundo el perfume del fruto de su Espíritu: amor, alegría, paz, paciencia, bondad, benignidad, fidelidad, mansedumbre y templanza (Gálatas 5:22).

Amigos, estamos llegando al final de una era en la que Dios va a hacer una gran selección de la cristiandad (Apocalipsis 22:11). Como en Israel en el desierto (Números 16) hay muchas personas de renombre en el mundo religioso de hoy. Mientras reclaman a Jehová, como lo hicieron Coré, Dátán y Abiram, estos hombres cuestionan la autoridad de las Escrituras y desafían sus enseñanzas (2 Pedro 2:1). Sin embargo, todavía afirman traer fragancia al Señor en sus incensarios (Números 16:38).

¿Quién está en la verdad? Como en los días de Moisés *"conoce el Señor a los que son suyos"* (2 Timoteo 2:19a), los que aquí abajo no tienen otra ambición que la gloria de Dios, y que no quieren esparcir sino la fragancia de Cristo, el aroma de su conocimiento entre los que se salvan y entre los que se pierden. Sí, Dios está a punto de manifestar los suyos por la revelación de sus terribles juicios. *"Apártese del mal todo aquel que invoca el nombre de Cristo"* (2 Timoteo 2:19b).

Pero desde hace mucho tiempo el hombre ya no llama iniquidad al pecado (1 Juan 3:4). Acostumbrado al mal, ha perdido todo sentido moral y llega a negar el pecado. La predicación de la cruz bien puede parecerle una locura y la expiación absurda, porque el hombre sabio de esta época es justo ante sus propios ojos. Ningún argumento, ninguna discusión puede convencerlo.

Sólo la vida santa de los cristianos podría, por el contrario, revelar su miseria, hacerle comprender la verdad y tal vez llevarlo a aferrarse a la vida. Pero los cristianos de hoy viven como el mundo y se han conformado tanto a la era presente, que el Espíritu Santo ya no puede convencer al mundo de pecado por la vida santa de ellos. Sin embargo Dios no se deja

burlar y, como en los días de las grandes rebeliones del desierto, la mortandad ya ha comenzado y las multitudes perecen en su pecado (Números 16:46, 1 Pedro 4:17-18). ¿Qué haremos nosotros, los cristianos, para salvar a los que se pierden? Como Moisés y Aarón, no aceptemos una salvación para nosotros. Humillémonos y corramos a ponernos entre los muertos y los vivos con un corazón como el incensario de Aarón, con una vida cuyo incienso puro y santo será propiciación por el pecado del pueblo (Números 16:47-50).

Que donde Dios nos da la gracia de vivir, podamos estar entre los muertos y los vivos y establecer para la salvación de muchos una cortina de fragancia, el testimonio silencioso de un amor que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta (1 Corintios 13:7). Solo este amor, que nunca falla, puede salvar un alma de la muerte y cubrir multitud de pecados (Santiago 5:20). Es la fragancia de Cristo, la verdadera vida cristiana.

"Todo cristiano tiene que admitir que la salud espiritual de un hombre es exactamente proporcional a su amor a Dios".

C.S Lewis

Mientras la Biblia, traducida a multitud de idiomas y dialectos, se distribuye cada año en millones de ejemplares por toda la tierra, la incredulidad y también la credulidad de los hombres van en constante aumento. Impresa en los más diversos caracteres, reproducida en las más modernas versiones, autorizada y recomendada por las más altas autoridades religiosas y civiles del mundo, no logra detener la loca marcha de las naciones hacia la catástrofe.

En general la enseñanza de las Escrituras ya no es esencial. Su luz ya no ilumina la oscuridad del momento. Sus promesas ya no detienen a los desesperados en el camino del suicidio. Sus advertencias, sus amenazas, ya no asustan a los pecadores. El libro está ahí, pero la autoridad de la Palabra que revela parece perdida. Esta Palabra es leída sin ser vivida, oída sin ser recibida, escuchada sin ser puesta en práctica.

Para que el mensaje de la Palabra no se multiplique en este mundo para la condenación de las almas (Juan 12:48), sino para su salvación, es necesario que las masas descristianizadas puedan ver esta simiente incorruptible (1 Pedro 1:23) germinar y dar su fruto en la tierra, manifestando sus efectos en el corazón de los creyentes. Las imprentas del santuario celestial no necesitan papel y tinta sino la vida del cristiano para imprimir en las tablas de carne de sus corazones, con el Espíritu del Dios vivo (2 Corintios 3:3), las características mismas de Cristo, la voluntad del Padre, que debe hacerse en la tierra como en el cielo (Mateo 6:10).

Después de examinar en el capítulo anterior cómo un creyente se convierte prácticamente en fragancia de Cristo, consideraremos cómo su vida puede y debe ser carta de Cristo, *"conocida y leída por todo el mundo"* (2 Corintios 3:2), sin distinción de sexo, edad, clase, cultura o lengua (Gálatas 3:28). Para revelarnos su eterna palabra, Dios se encarnó en Jesucristo. *"Y la Palabra se encarnó y habitó entre nosotros"* (Juan 1:14a). Para difundir la Palabra de Dios en la tierra, no basta con aumentar la circulación de la

Biblia, cada creyente debe entregar su cuerpo a Dios como sacrificio vivo (Romanos 12:1), para que sus miembros sirvan en todo lugar para revelar la voluntad de Dios y cumplirla (Romanos 6:13-19).

El mundo ya no confía en la palabra de los cristianos. Quiere un testimonio (Job 31:35), una palabra escrita no en papel, sino en nuestra carne mortal (2 Corintios 4:11). El testimonio cristiano debe tener en este mundo el valor de la palabra escrita. Los hombres sólo escucharán nuestras palabras si primero pueden leer en nuestra vida la enseñanza de Jesús (Hechos 4:13). Cualquier verdad que no esté encarnada en nuestra existencia no tiene influencia ni poder sobre quienes nos rodean.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, el testimonio cristiano en este mundo no es esencialmente oral. Hay que tener cuidado de no identificar el testimonio cristiano con la mera predicación del evangelio. La predicación es la proclamación pública del evangelio ante el mundo que lo ignora. Y, para que este anuncio sea eficaz, debe ser precedido, acompañado y seguido por el testimonio de Jesús (Apocalipsis 1:9). El testimonio es la enseñanza constante que brota de una vida enteramente consagrada a Cristo. Así que, dar testimonio de Cristo es más que proclamar el evangelio a las multitudes o hablar de nuestra conversión. Ciertamente es necesario confesar con la boca al Señor Jesús para ser salvo (Romanos 10:9a), pero aún no hemos dado testimonio cuando, al oír la predicación, manifestamos públicamente que aceptamos a Jesús como Salvador.

Sólo la fe del corazón en la resurrección de Jesucristo, fe que acompaña toda verdadera conversión (Romanos 10:9b), da lugar al testimonio cristiano, y éste se manifiesta sobre todo por una vida transformada. Toda decisión de aceptar a Jesucristo debe ir seguida de la renuncia a sí mismo, sin la cual es imposible seguir al Señor y dar testimonio de Él en este mundo (Mateo 16:24-26). Saber que Jesucristo expió nuestros pecados en la cruz aún no es ser salvo. Creer que Jesucristo murió por nosotros no es todavía conocer y experimentar la gran salvación de Dios (Hebreos 2:3). Aceptar todas las verdades bíblicas y seguir viviendo, aquí en la tierra, como antes no es pertenecer a Jesucristo (1 Juan 3:6).

Es de nuestra condición presente, es de nuestra propia vida que debemos ser liberados. La salvación de Dios no nos es dada solo para evitar un día el juicio eterno, sino también para salvarnos de nuestra miseria presente y hacernos vivir en la tierra para la gloria de Dios. Lo que pierde al hombre no es haber heredado la naturaleza de Adán, el primer pecador,

sino querer conservar la propia vida (Mateo 10:39) y su vana conducta (1 Pedro 1:18), sin importarle Dios ni su ley, rechazando su gracia y el don de su amor, Jesús: vida nueva y eterna (Juan 3:16-21).

“El evangelio —escribe Philippe Menoud¹— es una persona: Jesucristo. Es al mismo tiempo una doctrina, es decir un conjunto de afirmaciones sobre esta persona y sobre su significado para la humanidad. Los creyentes se comprometen con esta persona y se adhieren a esta verdad. Compromiso personal y adhesión doctrinal son una misma cosa, ya que la doctrina explica a la persona y no es ajena a ella. La verdad cristiana tampoco es ajena al creyente que la profesa. Porque aceptar el evangelio es admitir el señorío de Jesucristo sobre su persona, cuerpo y alma, y sobre toda su existencia. Este es el trabajo de toda una vida”.

En primer lugar, el testimonio cristiano es silencioso. Sin palabras, el creyente se convierte aquí abajo en fragancia de Cristo para Dios (2 Corintios 2:14-16). Siendo llevada su mente cautiva a la obediencia de Cristo (2 Corintios 10:5), su vida da testimonio de la presencia de Jesús. En medio de los que creen, su presencia trae un aroma de vida que atrae, conforta y vigoriza. Entre los incrédulos, su paso deja aroma a muerte, pues toda vida santa saca a la luz el pecado de los demás y lleva en sí el juicio, la condenación y la muerte.

El verdadero cristiano no es alguien que necesita encomendarse al mundo. Su vida es su credencial y descubre su origen. Habiendo renunciado a sí mismo y habiendo tomado su cruz para seguir a Jesús, ha sido crucificado con Él. De ahora en adelante ya no es él quien vive, sino Cristo en él. Y lo que vive en la carne, lo vive en la fe del Hijo de Dios que lo amó y se entregó por él (Gálatas 2:20). Dios usa nuestra carne mortal, este cuerpo visible, para actuar y testificar en este mundo (2 Corintios 4:10). Caminando por el Espíritu, el cristiano ya no satisface los deseos de la carne (Gálatas 5:16).

Ni siquiera necesita hablar de su fe, porque es conocida en todo lugar, como lo era la de los tesalonicenses (1 Tesalonicenses 1:8). El Espíritu manifiesta en él su fruto y la fe sus obras (Santiago 2:14-26). Carta de Cristo en la Iglesia, su vida es modelo para los que creen. Sin palabras enseña, edifica, reprende y exhorta. Carta de Cristo en el mundo, su vida es ejemplo y transmite el evangelio a los perdidos. Otras almas se salvan a través

1 ► Philippe Henri Menoud (1905-1973) fue un clérigo protestante y profesor universitario suizo.

de su contacto y llegan al conocimiento de la verdad. En adelante esas vidas transformadas se convertirán ellas mismas en cartas de recomendación del creyente y de la doctrina de vida que habita en él.

A nuestros argumentos, los hombres oponen otros argumentos y nuestras discusiones son a menudo estériles. A una vida, el mundo sólo puede oponer otra vida. Si en nuestro comportamiento aquí abajo, en nuestros gestos, obras y palabras, los hombres pueden ver la vida de Jesús manifestada en nosotros, viendo nuestras buenas obras, glorificarán a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16). Es con hechos que podemos convencer, no con ideas. El evangelio en nuestra vida debe ser un hecho, no una idea. Este hecho es "*Cristo en vosotros [nosotros], la esperanza de gloria*" (Colosenses 1:27).

Así, el ateo a quien ningún razonamiento científico o ninguna prueba matemática puede convencer de la existencia de Dios, creará un día porque lo habrá encontrado en la vida de un cristiano. Él, que rehusó abrir la Biblia, podrá leer la Ley de Dios, escrita con el dedo de Dios, no en una tabla de piedra, sino en la de carne del corazón de este creyente. Su ejemplo lo habrá llevado a buscar la doctrina que lo inspira, y esta doctrina lo habrá conducido a la Persona que es su autor, fuerza y vida.

El hombre sublevado por el sufrimiento y las penas que le abruma, herido y magullado ante toda predicación, verá nacer en su corazón la aceptación, la paz y la luz invadir su alma cuando, en su camino, encuentre un dolor mayor que el suyo, alabando a Dios por sus beneficios, sin envidiar nada de la felicidad de los demás, olvidando su propia miseria para pensar con compasión en la angustia del prójimo, irradiando a todos el amor del hombre que se duele con los demás.

Sí, las cartas de Cristo aquí abajo son vidas transformadas, capaces de influir en otras vidas no sólo con sus palabras, sino sobre todo con su conducta, su amor, su fe, su pureza (1 Timoteo 4:12). Es en nuestra actitud y nuestro comportamiento en todas las circunstancias y lugares donde se encuentra el testimonio cristiano.

Si es cierto que la simple lectura de la Biblia puede llevar un alma a la salvación, más cierto es que la verdadera doctrina se difunde esencialmente a través de nuestra vida. Atrae sobre todo por sus logros; sólo se ama cuando, encarnada, vemos que es la vida de los que la poseen. Así, la vida cambiada de una prostituta que un día descubrió la santidad y

el amor de la presencia invisible en la mirada de una joven, habla más a favor del Evangelio que multitud de sermones escuchados por creyentes que se creen irrefutables.

La nueva vida del otrora borracho, mal esposo, padre indigno, que deja a sus hijos en la miseria para saciar su pasión en los bares, proclama el poder de la Palabra más que una gran reunión de religiosos, discutiendo sobre la predestinación. ¿Cómo cambió la vida de un hombre así? Por el ejemplo de un compañero, trabajador como él, con responsabilidades como él, que no pensó que debía invitarlo primero a una reunión, sino a su casa, a su mesa, no para darle un sermón, sino para darle la oportunidad de ver un hogar cristiano. Atrapado por el contraste, tocado por la presencia invisible, el huésped busca la razón de la desgracia de su propia casa y la felicidad de la de su camarada. Así es conducido al Evangelio, al libro que le reveló a Cristo cuyas palabras son espíritu y vida (Juan 6:63b).

El cambio radical operado en un empresario, codicioso, duro con sus empleados, de dudosa honestidad en ciertas transacciones y que hoy, por haber conocido a Jesucristo, repara los agravios cometidos ayer, se preocupa por las condiciones de vida de sus trabajadores, busca mejorar la suerte de sus familias, recomienda la Palabra de Dios más que una magnífica venta organizada para cubrir los déficits de una iglesia o financiar sus obras futuras. ¿Cómo ha podido tener lugar tal conversión? Simplemente porque un día, mientras viajaba, otro hombre de negocios le mostró a su cliente cómo manejaba su negocio, introduciendo a Cristo en todos sus caminos y tomando sus enseñanzas al pie de la letra.

Amigos, esas vidas verdaderamente transformadas por el poder de la Palabra de Dios, esas vidas en las que, por el Espíritu de Dios, la Sagrada Escritura encuentra su extensión natural, ese es el testimonio de Jesús encarnado, que prepara, acredita y lleva a buen término la predicación del evangelio.

El testimonio de Jesús en nuestra vida es Dios mismo en medio de los hombres. Ser cristiano, repetimos, es sensibilizar el corazón hacia Dios, no tanto con nuestras palabras, sino con nuestra actitud, nuestro caminar, nuestra conducta y nuestras acciones hacia el prójimo. El cielo quiere organizar en la tierra la más amplia difusión del tratado más poderoso de todos los tiempos: la vida transformada de los creyentes. Es el tratado más corto, completo y fácil de leer. Se puede descifrar en todos los idiomas

y se desgarran solo en los días de persecución. Cristiano, en tu trabajo tu vida debe hablar de Jesús a tu compañero de oficina, a tu compañero de fábrica, a tu jefe, a tus trabajadores, a tus alumnos, a tus profesores y a tus compañeros de estudios. Vosotros sois, dice el apóstol a los Corintios, carta de Cristo... conocida y leída por todos los hombres.

¿Qué es una carta? Es un escrito que sirve para establecer o mantener y desarrollar una relación entre dos personas separadas. Si Jesús está en la gloria no por eso ha dejado de relacionarse con los hombres. Él emplea en la tierra a los que ha redimido para ponerse en comunicación con las almas (Juan 17:18). En la iglesia cada cristiano debe ser una carta de Cristo para sus hermanos.

¡Qué precioso se vuelve para mí mi hermano el día que comprendo que puedo leer en su vida algo de Jesús, a quien amo por encima de todo! Saber que puedo encontrar un pensamiento de Cristo en mi hermano o su voluntad encarnada en los demás me permitirá considerarlos superiores a mí (Filipenses 2:3). Evitaré aislarme diciéndome que la Biblia me basta y buscaré la comunión de los santos (Hebreos 10:25), de todos estos hermanos y hermanas a través de los cuales Dios quiere enseñarme algo nuevo de su Hijo. Nuestra vida en el mundo debe servir para establecer contactos, relaciones entre Cristo y los que no le conocen. Seamos, pues, para los que nos rodean una carta abierta, un mensaje del cielo. Oremos para que todos a nuestro alrededor puedan discernir el carácter de Cristo en nuestras vidas.

Antes de darnos el ministerio de la Palabra, Dios quiere glorificarse en nosotros, reproduciendo por su espíritu la vida de su Hijo en nuestra carne mortal. Amigos, ¿son nuestras vidas la carta de Cristo? ¿Están sus pensamientos de amor y verdad fijados en nuestra sensibilidad? Cada día, Dios desea escribir algo de la vida de Jesús en su pueblo. ¿Quién dispone de nuestra existencia y escribe todos los días en nuestra vida? ¿Qué impresión se lleva el mundo al vernos caminar? ¿Qué aprende de Cristo al contemplar nuestras vidas?

Si de repente descubrimos que nuestra vida lleva otras marcas que las de Cristo, otro carácter que los del amado, si nuestros ojos, ungidos con colirio, nos hicieran descubrir la voluntad de otros señores escrita en nuestros corazones (Isaías 26:13), ¿qué haríamos? No nos engañemos, si no permitimos que el Señor disponga enteramente de nuestra vida para imprimir en ella, por su Espíritu, sus caracteres divinos, nos ponemos bajo

el dominio de Satanás, del pecado y del mundo. Nuestra vida se cubre entonces de manchas y faltas que repelen a los inconversos y cierran sus oídos y sus corazones a nuestras palabras. Se alejan de la Biblia porque sus ojos no han visto el sello de Cristo en nuestra vida. ¡Vayamos a Cristo! Humillémonos bajo la poderosa mano de Dios y por la acción maravillosa de su Palabra, en virtud de la preciosa sangre derramada en el Gólgota, Él nos limpiará de todo pecado y transformará lo que era sólo una mancha, un trapo manchado, en una página en blanco, donde Cristo pueda escribir su voluntad cada día.

Así como el que comulga indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe juicio contra sí mismo (1 Corintios 11:27-29), de la misma forma el hombre que lee la Biblia sin recibir la Palabra de Dios en su corazón, encuentra en ella su condenación. Si la letra queda fuera de nuestra vida, nos mata (2 Corintios 3:6b). Si por el Espíritu se encarna en nosotros, entonces nos hace vivir (Salmo 119). No es sobre el papel donde el Espíritu vivifica la letra, sino en la carne mortal del cristiano, para hacer surgir allí poco a poco la imagen misma de Cristo (2 Corintios 3:18).

“No ha habido mayor enemigo a la extensión del cristianismo que aquellos que a menudo se han llamado sus seguidores”.

José de Segovia

Decir ser de Cristo y no manifestar sus rasgos en nuestra vida es engañarnos a nosotros mismos, engañar al mundo y burlarnos de Dios. La salvación es la obra de Dios realizada en nosotros por el poder del Espíritu Santo (Tito 3:4-6). Esta obra comienza dándonos convicción de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8), produce por tanto un profundo arrepentimiento que nos lleva a la confesión de nuestros pecados y a la fe en aquel a quien Dios ha enviado para salvarnos (Hechos 2:38). Esta fe viva en el Salvador nos lleva a reconocerlo como Señor de nuestra vida y a someternos a sus mandamientos (1 Juan 2:3-6).

Incorporados a Cristo por el bautismo en su muerte, como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andamos en novedad de vida (Romanos 6:4). En adelante el Espíritu Santo habita en nosotros y nos hace vivir según Él, amando nuestro corazón sus cosas (Romanos 8:5-9).

Apartando nuestra mirada de nosotros mismos, el Espíritu Santo dirige nuestra mirada a Jesús para mantenerla fija en el autor y consumidor de la fe (Hebreos 12:2), porque su propósito principal es revelarlo a nosotros y glorificarlo (Juan 16:14). Así obra gradualmente nuestra transformación a imagen de Cristo (2 Corintios 3:18).

Una vida verdaderamente entregada a Dios se convierte en el lugar de trabajo del Padre celestial donde el Espíritu Santo obra para producir a Cristo en nosotros, la esperanza de gloria (Colosenses 1:27). Dios quiere recordar a sus hijos su gloriosa vocación. Habiéndonos dado la gracia de creer, ha hecho resplandecer su luz en nuestros corazones para que nuestra vida resplandezca en la Iglesia, y en el mundo el conocimiento de la gloria de Dios, gloria que contemplamos en el rostro de Cristo (2 Corintios 4:6). Los que aman a Dios, los que conforme a su propósito son llamados, están pues predestinados a ser semejantes a la imagen de su Hijo, para que su Hijo sea el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:28-29).

Así, nuestra vida debe servir para reflejar la imagen de Cristo, de aquel en quien el Espíritu fija nuestros afectos, tomando de lo que es de Jesús para anunciárnoslo y revelárnoslo (Efesios 5:1-2). Amigos, en los últimos años, ¿a quién hemos mirado y qué imagen hemos reflejado? ¿A quién nos parecemos hoy? Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre caído engendró en el Edén un hijo a su semejanza, conforme a su imagen Génesis 5:1-3). Es, pues, a imagen de un hombre corruptible que nacemos en la tierra (Romanos 1:23).

El primer hombre, imagen y gloria de Dios (1 Corintios 11:7), no cumplió su destino. Es en vano que hoy, llevando la imagen de aquel que es polvo (1 Corintios 1:49), el hombre trate de deificarse a sí mismo. Entregado a las concupiscencias de su corazón, habiendo convertido la verdad de Dios en mentira y honrando y sirviendo a la criatura en lugar del Creador (Romanos 1:25), todos los esfuerzos del hombre se dedican en deificar a la bestia, haciéndole una imagen y adorándola (Apocalipsis 13:14-15).

Tras la caída, el hombre natural no refleja la imagen de Dios. Separado de su creador a causa del pecado, sometido a la influencia de Satanás que lo moldea a su imagen rebelde (Romanos 3:10-23), dominado por su cuerpo animal (1 Corintios 15:44), el hombre privado de la gloria de Dios es sólo "*carne*" (Génesis 6:3). Ahora bien, los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se someten a la ley de Dios, y ni siquiera pueden hacerlo (Romanos 8:7).

Por tanto, siendo el hombre incapaz de glorificar a Dios, es decir, de reflejar su imagen, Dios intervino en su amor, para salvar al hombre perdido y hacerle encontrar su verdadero destino. Para esto primero tuvo que revelarle su rostro como Padre en un ser sin pecado (Romanos 8:3), luego hacer desaparecer en nosotros la imagen del viejo hombre y reproducir en nuestra vida la del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 4:20-24).

Dios realiza esta obra maravillosa enviando a su Hijo al mundo (1 Juan 4:14). Por Él vino a mostrarnos su gloria, llena de gracia y de verdad (Juan 1:14). Sí, Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (2 Corintios 5:19). Imagen del Dios invisible (Colosenses 1:15), resplandor de su gloria, imagen misma de su sustancia (Hebreos 1:3), Jesucristo, por su vida y muerte, nos reveló el corazón de Dios (1 Juan 4:16) y nos abre el camino del cielo (Juan 10:9). En Él nos ha sido manifestado el rostro del Padre celestial (Juan 14:9). No es simplemente para que no perezcamos en

nuestras transgresiones y pecados por lo que Dios nos amó tanto y nos dio a Jesús (Juan 3:16). El propósito de Dios era hacer como su Hijo a todos los que Él llamara y aceptaran su gracia (Efesios 1:3-14).

Habiendo recibido a Cristo, verdaderamente nos hemos revestido del nuevo hombre y este hombre se renueva en el conocimiento, según la imagen de aquel que lo creó (Colosenses 3:10). Despojado de su propia vida por la muerte de Cristo, habiendo sido crucificado nuestro viejo hombre juntamente con Él (Romanos 6:6), nuestra vida es ahora la de Cristo (Filipenses 1:21), del postrer Adán, que se hace en nosotros espíritu vivificante (1 Corintios 15:45).

Ser cristiano es experimentar en nosotros esta maravillosa obra de destrucción por un lado y de reconstrucción por el otro. Es ver nuestra propia vida derrumbarse y la vida de Cristo edificarse. ¿Por qué, pues, hemos de llorar sobre nuestras ruinas, si sabemos que se está levantando un nuevo edificio? ¿Por qué temer los golpes que sirven para destruir lo que debe desaparecer, para desarraigar lo viejo, para dejar lugar a lo nuevo que es todo de Dios y por tanto eterno? (2 Corintios 4:16-18, 5:17).

Habiendo entregado nuestras vidas a Dios, dejemos que haga su obra en nosotros. Él la perfeccionará hasta el día de Cristo (Filipenses 1:6). No detengamos la mirada en los vestigios del pasado. La visión del mal nunca ha refrescado ni hecho avanzar un alma. Dejemos, en cambio, que el Espíritu Santo actúe y fijemos nuestra mirada en el verdadero modelo; dejemos que el arquitecto divino se ocupe de llevarnos a la perfecta conformidad con el amado.

Veamos lo que dice el apóstol Pablo de esta maravillosa intervención del Espíritu Santo en nosotros: *"Por lo tanto, nosotros todos, contemplando a cara descubierta la gloria del Señor, como reflejada en un espejo, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor"* (2 Corintios 3:18).

No se trata en este pasaje de hombres que buscan mejorarse a sí mismos por su propio esfuerzo, sino simplemente de hombres que contemplan la gloria del Señor. Además, la auténtica vida cristiana no es producto de un trabajo doloroso, sino fruto de un amor constante, fruto de la obra del Espíritu en nosotros.

El testimonio cristiano ofrece, por tanto, una maravillosa progresión:

- Al quebrantarnos al pie de la cruz, Dios nos revela al Salvador. Él

comienza a esparcir en nosotros, y a través de nosotros, la fragancia de su conocimiento por todas partes (2 Corintios 2:14-15). Nos convierte en el perfume de Cristo. El alma encuentra en Jesús el camino (Juan 14:6) y ahora sigue sus pasos (1 Pedro 2:21). Este es el primer grado del testimonio cristiano: caminar en su presencia.

- Redimidos por la sangre de Cristo, recibimos entonces de Dios la revelación de los derechos de aquel sobre nuestra alma y somos llevados a reconocerlo como Señor (Filipenses 2:9-11). Ya no vivimos para nosotros mismos, sino que vivimos para Cristo (2 Corintios 5:14-15). Así comienza bajo su yugo la vida de dependencia (Mateo 11:29). Aprendemos todo de Él y Dios imprime en nuestra carne mortal los caracteres de Cristo. Nos hace carta de Cristo (2 Corintios 3:3).

El alma encuentra la verdad en Jesús (Juan 14:6), la pura doctrina, y su vida se convierte cada vez más en la expresión de este conocimiento. De esta forma propaga la verdad en el mundo cumpliendo la voluntad de Dios. Es un libro abierto, escrito por el dedo de Dios, para ser conocido y leído por todos los hombres. Este es el segundo grado de testimonio cristiano: servicio en obediencia (Romanos 12:11).

- A partir de entonces el Espíritu Santo nos lleva cada vez más a *“estudiar a Cristo”*. El alma encuentra su vida en Él (Juan 14:6) y se une a Él. Aprende a vivir de Él para parecerse a Él. Este reflejo de la imagen misma de Cristo es el tercer grado del testimonio cristiano.

Corresponde al conocimiento de Jesús como el amado de nuestra vida, el centro de atracción de nuestro pensamiento y de nuestro corazón (Cantares 6:3). Guiados por el Espíritu gustamos del amor que el Padre nos ha mostrado para que seamos llamados hijos de Dios. Y lo somos (1 Juan 3:1).

Este amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5) es el amor por su Hijo, el amor que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta y nunca falla (1 Corintios 13:7-8a). Este amor en nosotros manifiesta la realidad de nuestra relación con Dios (1 Juan 4:7). Sí, ahora somos hijos de Dios hasta tal punto que *“... el mundo no nos conoce, porque no lo ha conocido a él. Muy amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”* (1 Juan 3:1b-2).

Es fácil comprender que el hombre que tiene tal esperanza en sí mismo

se purifique como Dios mismo es puro. Amigos, no es solo para llenarnos de su perfume para lo que Cristo nos ha salvado, no es simplemente para llevarnos a saber o hacer su voluntad por lo que Jesús nos redimió, es para hacernos conformes a Él en su muerte y resurrección por lo que el Señor nos amó tanto (Filipenses 3:10-11).

Toda la obra del apóstol Pablo estaba encaminada a formar a Cristo en las almas, exhortando e instruyendo a todo creyente en toda sabiduría, a fin de presentarlo a Dios perfeccionado en Cristo (Colosenses 1: 28-29). ¿Es esto realmente en lo que estamos trabajando hoy? ¿Conocemos los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en las almas? (Gálatas 4:19). ¿De qué sirve llenar las iglesias si Cristo no crece en los que llenan los asientos?

Cristo debe formarse en aquellos que reclaman su nombre, de lo contrario todo el trabajo es inútil. El Señor quiere transformar a su imagen a todos los que ha redimido. Debemos saber que el deseo de Jesús es encontrar su imagen en cada una de nuestras vidas (2 Tesalonicenses 1:10). ¿Pero —dirás—, cómo se pueden hacer estas cosas en la práctica? Todo cuadro presupone un modelo, un pintor y un lienzo. El modelo es Cristo, el pintor el Espíritu Santo, el lienzo nosotros. Todo lo que Dios nos pide es que le entreguemos nuestra vida a Él, ese lienzo donde su imagen ha sido alterada por el pecado. Bajo la sangre preciosa de Cristo, el fondo se borra y el Espíritu Santo puede pintar la imagen del hombre nuevo en el lienzo.

Cualquiera que creyera poder pintar el mismo el retrato de Cristo en su vida nunca lograría hacer otra cosa que un autorretrato, en el que se acentuarían sus propios rasgos (Romanos 7:19). Si, en cambio, entregamos nuestra vida a Dios, Él pondrá el lienzo en su estudio, cerca del divino modelo (Colosenses 3:1-4). Aquí es donde el Espíritu Santo obra en nosotros, en el santuario donde Jesús posa para nosotros, sentado a la diestra de Dios (Hebreos 2:9, 6:19-20, 8:1-2).

Los colores del Espíritu Santo son amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (Gálatas 5:22). Los pinceles que usa son los dones del Espíritu, que usa según los diferentes ministerios en los que debe manifestarse el mismo Señor (1 Corintios 12). El bastidor en el que Dios pone el lienzo es su Palabra (Hebreos 4:12, Hechos 17:11).

Tomemos otro ejemplo más. Si el cristiano es un lienzo, también puede ser un espejo que refleja lo que tiene delante:

- Si el espejo se enfoca hacia el suelo, reflejará la tierra y sus miserias.
- Si el espejo se coloca de cara a los hombres, reflejará sus rostros.
- Si, por el contrario, el espejo se enfoca hacia el cielo, reflejará el azul infinito.

Asimismo, la vida del cristiano manifiesta lo que ve y las preocupaciones de su corazón:

- Apegado a la tierra, el cristiano permanece carnal (1 Corintios 3:1-2), demostrando de mil maneras que no está libre de los deseos que combaten contra su alma (1 Pedro 2:11).

- Si se apoya en los hombres, mirando a sus hermanos, el cristiano refleja sus tendencias y se indigna por sus faltas. Buscando modelos en los demás se desilusiona, pero olvida cuánto él mismo desilusiona a quienes no ven en él el reflejo de aquel a quien sin embargo llama Maestro y Señor (Juan 13:13-15).

- Solo el hombre que mira a Cristo y lo hace objeto de su contemplación, anhelando sólo ser imitador del Señor, conocerá la verdadera felicidad (Filipenses 3:17).

El secreto de la vida cristiana victoriosa se encuentra en la contemplación de Cristo glorificado en el cielo. Cuando nuestros ojos están fijos en Él, el cielo comienza a llenar nuestro corazón y, ante la gracia que nos es concedida, ante los bienes espirituales que su mano nos concede, ante la excelencia de este conocimiento de Cristo, las cosas que queríamos conservar se vuelven como barro a nuestros ojos. Es así como el cristiano puede aceptar con gusto la pérdida de todo lo que una vez estimó como ganancia (Filipenses 3:7-8).

Contemplar a Cristo coronado de gloria y de honra, fijar la mirada en el Salvador que murió por nosotros, ¡qué visión tan capaz de arrancarnos de nosotros mismos y de los vanos placeres del mundo! Contemplando a Cristo resucitado para nuestra justificación, ¡qué paz para nuestra conciencia y qué gozo para nuestro corazón! Sabiendo que Cristo intercede por nosotros ante el Padre, ¡qué posibilidad de ser más que victoriosos en todas las circunstancias! El poder del cristiano está en la fuerza de esta mirada puesta en Cristo por el Espíritu Santo.

Pero, todavía dirás: ¿cómo contemplar a un ser que nuestros sentidos no distinguen? Contemplar es considerar, mirar con atención. Es fijar in-

tensamente nuestros pensamientos en el objeto más querido de nuestro corazón. Cuanto más deseemos verlo claramente, más cerca deberemos acercarnos a Él. Contemplarlo es alimentar nuestros ojos y nuestro corazón, es saciar nuestra mirada interior de aquel cuya carne es comida y cuya sangre es bebida (Juan 6:55). Contemplarlo es amar a aquel que nos revela la Palabra, es identificarnos con Él, fundirnos con Él, es olvidarnos de nosotros mismos, perdernos en Él para no vivir más que por Él y para Él (Gálatas 2:20).

¿Será necesario entregarnos así a la contemplación del Señor, dejar el mundo y encerrarnos en un claustro? Lejos de ello. La contemplación de la que hablamos, la que nos transforma en su imagen, no es el éxtasis místico. No nos evita nuestras tareas, ni suprime nuestras responsabilidades. No es fruto de un vago misticismo, ni producto de la imaginación humana. Es el acto habitual de un corazón cuyo amor está fijo en Cristo, de un corazón no dividido que se deleita en la Palabra de Dios (Salmo 119).

Estando la mirada del alma abierta a las cosas invisibles, el Espíritu puede reproducir en ella los rasgos divinos del rey de gloria. *“Este pobre clamó, —dijo David— y lo oyó el Señor, y lo libró de todas sus angustias”* (Salmo 34:6). ¡Esta sigue siendo nuestra parte hoy! Tal fue el privilegio de Moisés en Israel. Cuando bajó de la montaña, no sabía que la piel de su rostro resplandecía, porque había hablado con Dios. Pero todos los que lo miraban veían que la piel de su rostro brillaba (Éxodo 34:29-35).

¿Qué pasa con nosotros? ¡Ay! Ciertamente no nos corresponde a nosotros saber si nuestro rostro brilla. El que ha hablado con el Señor y vive con Él ya no se preocupa de sí mismo. Despreocupado de las cosas que le conciernen está absorto en aquel que es su vida. Es cuando ya no piensa más en sí mismo que el hombre es lleno del Espíritu. Entonces el mundo podrá ver en él la imagen misma de Cristo, ya sea en el trabajo, en el descanso, en su familia, de viaje, en la alegría o en las lágrimas, en la salud o en la enfermedad, en la vida o en la muerte.

Esteban, el primer mártir de nuestra era, nos ofrece el cuadro maravilloso de la obra que el Espíritu Santo realiza en un hombre que se entrega enteramente, en mente, alma y cuerpo, al Señor. Es el tipo del cristiano en quien, por la acción del Espíritu Santo, se perfecciona la obra de Cristo. Al leer el libro de los Hechos, primero aprendemos que había un buen testimonio de él. Su vida fue el perfume de Cristo.

Entonces vemos, llena de gracia y de poder, la verdadera carta de Cristo, ante el Sanedrín. Las Escrituras están en su corazón, ya, a su debido tiempo, el Espíritu vivificó en él *"la letra"* para que nadie pudiera resistir su sabiduría y el Espíritu por el cual habló. Mirándole sus adversarios, su rostro les apareció como el de un ángel. Esteban, mirando al cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios. Hasta su muerte, sería la imagen viva de Cristo: *"Señor, —dijo— no les tomes en cuenta este pecado"* (Hechos 7:60b).

Esteban es para nosotros el retrato del cristiano fiel. A pesar de que todo estaba en su contra, mientras todo lo acosaba, para hacerle perder el carácter de Jesús, permaneció unido a su Salvador y conservó los sentimientos que había en Jesucristo. El Espíritu en él ya no luchaba con la sangre y la carne, ya no tenía que luchar en Esteban para colocarlo a la altura de un Cristo celestial. Solo lo mantiene, mientras las piedras magullaban su carne. Indiferente a lo que sucede a su alrededor, mira a Jesús a quien entrega su espíritu. El Espíritu había creado en Esteban un afecto por un objetivo celestial. Su corazón apegado al Cristo glorificado ya no tenía ambición por la tierra, ni siquiera la de vivir mucho tiempo para servir a Jesús en ella. Su *"hogar"* estaba allá arriba, donde había visto a Cristo a la diestra de Dios. Su patria estaba en los cielos (Hechos 6 y 7).

Amigos, ¿no hemos recibido una fe del mismo valor que la de Esteban? ¿No hemos sido salvados por los sufrimientos y muerte del mismo Salvador? ¿El Espíritu que operaba en él ya no lo hace hoy? En estos días malos volvamos al Señor y el Espíritu Santo nos permitirá esparcir la fragancia de Jesús, manifestar su carácter y reflejar su imagen. Entonces, y sólo entonces, Dios podrá hacernos sus embajadores en la tierra y confiarnos el ministerio de la reconciliación.

En plena era atómica, como un toque de corneta, Dios hace resonar estas palabras en nuestros corazones: *“De modo que el que está en Cristo, es una nueva criatura: las cosas viejas pasaron, y ahora todo es hecho nuevo. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación”* (2 Corintios 5:17-18). Como muchos otros, es posible que deseemos saber qué nos depara nuestro tiempo hoy.

A todos los que preguntan: *“Señor, ¿será este el año de tu regreso?”*, Jesús responde con firmeza: *“No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones. Son potestad exclusiva del Padre”* (Hechos 1:7). Ser cristiano no es jugar al gran o al pequeño profeta, ni saber más que el mismo Hijo (Mateo 24:36). Es estar en Él y dejar que Él actúe en nosotros, mostrar con nuestra vida que la vieja naturaleza ha desaparecido y que una nueva está aquí. Si no sabemos lo que nos depara el mañana, sabemos perfectamente lo que Dios espera de nosotros (Miqueas 6:8).

Habiéndonos reconciliado consigo mismo por medio de Cristo, quiere hacernos embajadores de Cristo en este mundo (2 Corintios 5:20), encomendándonos la palabra y el ministerio de la reconciliación con todos los hombres. Como hemos visto en los capítulos anteriores, antes de dar un ministerio oral a los suyos, Dios obra profundamente en el corazón de sus redimidos, obra que no cesa de proseguir hasta su consumación (Filipenses 1:6). Por la obra perfecta de Cristo realizada en la cruz, se ofrece la salvación a todo aquel que cree.

En Cristo la reconciliación del hombre con Dios es tan completa que el Padre celestial adopta al hombre (Efesios 1:5) y lo convierte en su hijo amado (Juan 1:12), comunicándole su vida y haciéndole participe de su naturaleza divina (1 Juan 3:2). Así, como ya hemos tenido ocasión de subrayar, convertirnos en hijos de Dios no es tener una relación sentimental con Dios, sino hacerse partícipes de una naturaleza que es santidad, jus-

ticia, amor, verdad y fidelidad. Porque Jesús vio nuestra relación con Dios como una relación de naturaleza (2 Pedro 1:3-4) pudo decirles a sus discípulos: *"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto"* (Mateo 5:48). Jesús no pedía una imitación imposible. Simplemente estaba diciendo que teníamos que dejar que la naturaleza de nuestro Padre se manifestara en nosotros.

Hemos visto cómo Dios comienza a hacer de la vida del cristiano *"fragancia de Cristo"*, el perfume de su nombre en todo lugar (2 Corintios 2:14-15). Después de quebrantar nuestras tendencias naturales, Dios somete nuestra vida al señorío de Cristo, y nos enseña en silencio a aprender todo de Él. Nos da así una lección de humildad y mansedumbre (Mateo 11:29), que trae verdadero descanso a nuestra alma, imprimiendo en nosotros sus caracteres divinos para que seamos en la tierra carta de Cristo, leída y conocida por todos los hombres (2 Corintios 3:3). Finalmente Dios nos lleva a contemplar a su Hijo, y el Espíritu Santo por esta mirada de amor, nos va transformando poco a poco en su misma imagen (2 Corintios 3:18).

El joven convertido que cree que puede saltarse estos pasos para lanzarse a la predicación del Evangelio sin más preparación, ni más llamamiento que sus sentimientos, está cometiendo un grave error. Y los cristianos más viejos que creen que pueden convertir a los jóvenes en la fe en el centro de atención, aprovechando el entusiasmo y el impulso de la juventud para atraer otras almas a Cristo, no están obedeciendo la Palabra de Dios (1 Timoteo 3:6). Sin darse cuenta, plantean los peligros más serios para el testimonio cristiano.

¿Por qué hacer caer en la trampa del diablo a las almas que el Señor quisiera preservar y formar para Él? ¡Cuántos naufragios en cuanto a la fe se habrían evitado a los jóvenes, si los ancianos se hubieran mostrado más sabios (1 Timoteo 1:19)! ¡Cuántos escándalos le hubiéramos ahorrado a la Iglesia y al mundo, si todos hubiéramos seguido las enseñanzas de la Palabra! ¿Le encomendamos grandes responsabilidades a un niño que da sus primeros pasos?

Ciertamente, hay un testimonio que los jóvenes conversos deben dar. Es el que Jesús indica al endemoniado al que acaba de liberar y que quería seguirlo inmediatamente: *"Vete a tu casa, con los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas ha hecho el Señor contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti"* (Marcos 5:19). Y aunque veamos al endemoniado sanado agrandando el ámbito de su testimonio, éste no va más allá de su experiencia

personal: *“El hombre se marchó y comenzó a contar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él y todos se maravillaban”* (Marcos 5:20). El antes endemoniado no enseña, pero en todas partes manifiesta una vida transformada, y revela el secreto.

Cuando el carácter de la nueva naturaleza se vuelve más y más manifiesto, cuando el fruto del espíritu —es decir: amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, mansedumbre y templanza— se encarna en nosotros, entonces Dios mismo puede llamarnos y confiarnos un ministerio en el mundo. Ciertamente, incluso en esto, no se trata de méritos, porque todo en nosotros es obra de la gracia.

Pero la vida de Dios produce su fruto: se reconoce la nacionalidad celestial del cristiano. Proclamado ciudadano del cielo (Filipenses 3:20), conciudadano de los santos, es parte de la familia de Dios (Efesios 2:19). Su perfume es el del santuario. Su mente es la de Cristo y sus rasgos los de Jesús. Ya no es él el que dice ser de Dios, sino el Espíritu el que da testimonio a su espíritu de que es hijo de Dios (Romanos 8:16) y lo demuestra al mundo con una vida y unas obras para la gloria de Dios.

La Biblia ignora las conversiones mecánicas efectuadas por una adhesión intelectual o sentimental a una fórmula evangélica. La Escritura nos habla de un nuevo nacimiento obrado por el Espíritu Santo al oír la Palabra de Dios (Juan 3:5), nacimiento de lo alto, seguido del crecimiento en la gracia (2 Pedro 3:18). Hay que recordar que un joven converso no es más que un *“bebé en Cristo”*, necesitado de atención y alimento. A medida que se despierta en él la conciencia de su insuficiencia, y a medida que su *“amor abunde aun más y más en conocimiento y en toda comprensión”* (Filipenses 1:9), Dios podrá confiarle nuevas responsabilidades. Pero como el niño que quiere vivir como le da la gana, cuando no tiene el conocimiento necesario, corre hacia la miseria, el joven cristiano, que cree poder liberarse rápidamente del control de sus hermanos o de sus padres espirituales, para servir a Dios según los impulsos de su corazón, camina hacia un doloroso fracaso.

Los jóvenes en la fe deben, por tanto, poder encontrar hogares espirituales donde se sientan rodeados y amados, donde puedan crecer en la gracia y tener experiencias saludables bajo la mirada atenta y benévola de quienes los conocen y desean su supremo bien. Como nadie aprende a andar sin caerse ni tropezar, habrá en ese momento un padre o una madre en la fe para enderezar el alma que se tambalea, con suficiente amor

para asumir sobre ellos la culpa, para cubrir el pecado, mientras se hace comprender al niño descarriado su error (Gálatas 6:1-2). Todo esto pasará "en familia" (1 Pedro 4:8-11). Si, por el contrario, dejamos a nuestro hijo correr por las calles, encontrando gloria personal en sus propios éxitos, el día en que, ¡ay!, suceda que se hable de él de una manera que no sea buena, cuando se produzca la caída, será un escándalo público, salpicando a los ojos del mundo todo el testimonio cristiano.

¿Cuántos líderes espirituales, escuchando solo su celo por dar a conocer el evangelio por todos los medios, han perdido, por falta de sabiduría espiritual y de discernimiento, a jóvenes que podrían haber servido, quizás con menos ruido, pero durante más tiempo y con mayor fidelidad?

¿Cuántos jóvenes también, demasiado seguros de sí mismos, haciendo caso omiso de los consejos de prudencia de los viejos, se han perdido? Enredados por las trampas de su propio corazón y por la seducción del mundo, deslumbrados de repente, no han visto la red tendida por el enemigo de sus almas.

Antes de confiar a sus discípulos la evangelización del mundo (Marcos 16:15), Jesús los formó en su escuela y los condujo ante la cruz para ser quebrantados (Marcos 14:27). Les quitó así toda confianza en las pretensiones de la carne que, en realidad, son enemistad contra Dios y no pueden agradarle (Romanos 8:7-8). Sigamos, pues, la enseñanza del Señor, que es más ambiciosa para nosotros que nosotros mismos (Juan 15:16). Cuando Dios respire en nuestras vidas el perfume de su Hijo, cuando vea sus pensamientos fijados en nuestra sensibilidad, y cuando pueda encontrar en nosotros los rasgos de su amado, a la hora fijada por Él, hora que no podemos adelantar ni retrasar sin perjuicio, Dios nos confiará una tarea, una misión de gracia: el ministerio de la reconciliación. Habiendo sido reconciliados con Dios por Cristo, habiendo conocido el amor que Dios nos tiene, podremos sobrellevar por su gracia las presiones del mundo sin ceder a sus múltiples tentaciones y sin traicionar el gobierno celestial que representamos aquí abajo.

Siempre hay un gran peligro en querer predicar el evangelio identificándose con el mundo, para llegar mejor a él. No hay atmósfera que crear, no hay atmósfera que mantener para que la Palabra predicada sea recibida por las personas que estén escuchando. No somos enviados por Dios a este mundo para tener éxito o para registrar el número de decisiones obtenidas en respuesta a nuestro llamamiento. Dios nos envía a dar a co-

nocer la verdad a las almas, con amor y fidelidad. Solo la Palabra de Dios es una semilla incorruptible (1 Pedro 1:23), y solo el Espíritu Santo puede hacerla germinar en los corazones (1 Corintios 3:6-9). El sembrador actúa como embajador de Cristo. Detengámonos unos instantes en este cuarto grado del testimonio cristiano.

¿Qué es un embajador? Es la persona responsable de representar oficialmente a su país en una tierra extranjera. Si simplemente recordamos esto entenderemos fácilmente cuál es el cargo, y cuáles son las funciones de un embajador de Cristo (2 Corintios 5:20).

- Está en el mundo, sin ser del mundo.
- Está en el mundo, no para sí mismo, sino para Cristo.
- Mantenido por su gobierno, no busca sus propios intereses, sino que vela por los de Cristo y por todos los que son de Cristo, extranjeros y viajeros en la tierra.
- No se ajusta a este presente siglo, sino que se encuentra identificado con Cristo. Su origen celestial, su nacionalidad extranjera son manifiestamente conocidas.
- Ser embajador requiere ser ciudadano del país que se está llamado a representar. Así que es necesario nacer de nuevo.
- Nadie se atribuye tal dignidad si no es llamado por su gobierno, que elige a sus representantes entre hombres conocidos, fieles y capaces, y bien preparados para su tarea.

¡Ay, cuántos cristianos se arrogan este honor y salen al mundo sin credenciales! Escucharon el Evangelio, se decidieron por Cristo y, a partir de ahora, dejando su trabajo, quieren ir a predicar a las multitudes antes de haber testificado a las almas que les rodean. Sin embargo, todo esto es contrario a la Escritura y a la enseñanza apostólica.

Mira a los hombres de Dios como Moisés, Gedeón, David, Jeremías, Amós, Pedro, Santiago, Juan, Saulo de Tarso. Ninguno de ellos decidió servir a Dios, pero Dios los escogió, los llamó, los capacitó y los envió. Su ministerio es de obediencia y actúan en completa dependencia de Dios. Dios mismo les da credenciales para presentarse ante los hombres, ya sea que estos se llamen Faraón, Saúl, Goliat o César.

Los embajadores acreditados de Cristo son aquellos que manifiestan su fragancia, viven de acuerdo con sus pensamientos y reflejan su imagen.

Dotados de los dones propios del ejercicio de su ministerio (1 Corintios 12:7-11), cualificados por Dios (2 Timoteo 2:2), reciben autoridad para hablar en su nombre y representarle ante las almas perdidas.

Recibiendo sus instrucciones desde lo alto, continuamente en conexión con el trono de Dios, el embajador de Cristo no hace nada ni dice nada de sí mismo. Sometido a Cristo, no se ensalza a sí mismo, sino que exalta a Cristo. No hace valer sus derechos, sino los de Cristo. No trabaja para sí mismo, no hace una obra personal, sino que une los corazones a Cristo, les abre el acceso a la patria celestial, hablando a cada alma sobre las cosas de arriba (Colosenses 3:1-2), suplicándoles en nombre de Cristo que se reconcilien con Dios.

Consciente de que en cualquier momento puede ser llamado por su gobierno, el embajador se esfuerza constantemente por cumplir fielmente su misión y vive aquí abajo cada uno de sus días como si fuera el último. Embajador de un Dios Santo, llamado a hablar en su nombre, pone seriedad en sus acciones y en sus palabras. Predicar el evangelio no es para él un deporte o un entretenimiento espiritual. Por eso, dice el apóstol: *"Nosotros no somos como muchos que negocian con la palabra de Dios, sino que con sinceridad hablamos de Cristo, como enviados de Dios, y en la presencia de Dios"* (2 Corintios 2:17).

Amigos, ¿queremos finalmente darnos cuenta de la gran responsabilidad que pesa sobre nosotros? Por la presencia de la Iglesia, esta embajada de Dios en la tierra, este rincón del cielo aquí abajo, este lugar que goza de la extraterritorialidad (Mateo 18:20), Dios todavía mantiene relaciones con el mundo, que hace todo lo posible para agotar la paciencia divina y traer sobre sí mismo la ira y el juicio.

Pero, pronto, Dios romperá las relaciones que mantiene con un mundo impío, después de haber hecho todo por salvarlo. Pronto sonará la última trompeta para llamar a los embajadores de Cristo y a todos los que son miembros de la embajada celestial (1 Corintios 15:51-55). Sí, Cristo viene a recoger a su iglesia y a juzgar al mundo. Constreñidos por el amor de Cristo, ya no vivimos para nosotros mismos.

Proclamemos a todos los pecadores el mensaje glorioso de la reconciliación: *"Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, sin tomarles en cuenta sus pecados, y a nosotros nos encargó la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre*

de Cristo, y como si Dios rogara por medio de nosotros, os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que en él nosotros seamos hechos justicia de Dios" (2 Corintios 5:19-21).

“El cristiano que no tiene la mente en la esperanza del cielo es inútil”.

José de Segovia

Lo sepa o no, el hombre necesita a Dios. Pero desde el tiempo bendito en que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (2 Corintios 5:19), ¿dónde puede encontrarlo hoy quien busca a Dios? El Altísimo, cuyo trono es el cielo y cuyo estrado es la tierra, ¿habitará en una mansión hecha por el hombre (Hechos 7:48-50)? ¿Será en estos edificios de piedra que llevan el nombre de iglesias y que a los turistas de todas las naciones les encanta visitar, escuchando entre el alboroto de voces y pasos amortiguados las explicaciones del guía sobre la antigüedad del lugar, el valor de un cuadro o un detalle arquitectónico?

Desde que Jesús expulsó a los vendedores del templo (Juan 2:15), desde que los sacerdotes entregaron a Cristo para ser crucificado, Dios salió de los lugares oficialmente consagrados a Él (Jeremías 7:4). ¿Cómo podría estar todavía en medio de los hombres que buscan su propia gloria en lugar de la de Dios solamente? ¿Cómo podría escuchar las oraciones de aquellos que trafican con cosas santas en lugar de adorar al Padre en espíritu y en verdad y que, como los paganos de antaño, elevan a la divinidad estatuas de oro, plata, bronce, madera, piedra o yeso? ¿Cómo podría reconocer a aquellos que siguen diciendo: “Señor, Señor...” y que no obedecen su Palabra?

¿Dónde encontrar al Dios poderoso y personal en un mundo donde el mismo cristianismo transgrede la ley de Dios y sacrifica a los ídolos, y donde el mundo, sin saber lo que adora, sigue depositando sus coronas al pie del altar del dios desconocido? ¿Dónde está ese “Dios vivo y verdadero” que se complace en la misericordia y no en los sacrificios (Mateo 9:13), ese ser que anima con su aliento a todas las criaturas, ese Dios que tiene pies para andar, boca para hablar, ojos para ver, oídos para oír, manos para ayudar y un corazón para amar? (Salmo 115).

En el tumulto de nuestra civilización, ¿tenemos que huir al desierto para escuchar su voz? ¿Debemos cruzar los mares para verlo, ascender a

los cielos para alcanzarlo o descender al inframundo para encontrarlo? Entre todos los lugares santos de la tierra, ¿dónde pues encontrar la casa del Señor, el santuario del Dios que es Espíritu, del Maestro que habló para ser obedecido y que quiere que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad? (Juan 4:23-24). Veamos lo que el apóstol Pablo enseñó a los paganos de Atenas: *"Pues al que vosotros adoráis sin conocerle, es a quien yo os anuncio: El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay. Como es Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas ni necesita que nadie le sirva, porque a él no le hace falta nada, pues él es quien da vida y aliento a todos y a todo"* (Hechos 17:23b-25).

Más tarde, escribiendo a los cristianos de Corinto, exclamará el mismo apóstol, después de haber subrayado que no puede haber relación entre la justicia y la iniquidad, ni comunión entre la luz y las tinieblas: *"... vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo"* (2 Corintios 6:16b).

Siglos antes de Cristo, el profeta Isaías ya había proclamado: *"Porque así ha dicho el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados"* (Isaías 57:15).

Así, las Escrituras nos enseñan que Dios no es servido por nuestras manos, sino que quiere servirse de nuestros miembros para lograr lo que le agrada. Por lo tanto, el verdadero servicio a Dios no es el que creemos que estamos haciendo para Él, sino el que le permitimos hacer en nosotros y a través de nosotros. No, Dios no está lejos del hombre, ni fuera del hombre. Para encontrarlo, basta volverse a uno mismo, postrarse, humillarse bajo la mano poderosa de aquel que quiere ser en nosotros la fuerza de nuestra fuerza y la vida de nuestra vida. La morada de Dios, su tabernáculo aquí abajo, es el corazón humano regenerado.

Al encarnarse y expiar las faltas de sus criaturas, Dios no solo ha querido pasar un breve tiempo en la tierra. Vino a hacer del corazón de sus redimidos su propio templo, para seguir manifestando su presencia en el mundo en todos los que creyeron y lo recibieron. Ser cristiano ya no es solo conocer al Salvador y hablarle al mundo de alguien que está fuera de nuestra vida. Ser cristiano es convertirse en la morada de Dios en la tierra a través del Espíritu. Donde se encuentra un creyente, Dios mora, y donde

los creyentes se reúnen en el nombre de Jesús, el Señor está en medio de ellos (Mateo 18:20). Los altos lugares del cristianismo son los corazones de los verdaderos cristianos. Así que, cuando Dios llama a un hombre a la salvación, no es solo para redimirlo de la perdición eterna, sino para hacer de él su morada en la tierra, para que el mundo que busca las fuentes de la vida las encuentre en el corazón mismo del cristiano (Proverbios 4:23).

Si los hombres no buscan a Dios, Dios todavía los busca a ellos, y cuando los hombres ya no miran al cielo para encontrar a Dios, el cielo desciende a la tierra para encontrarse con los hombres y llevarles el mensaje de reconciliación a través de los embajadores de Cristo. Pero Dios hace aún más, acepta vivir en este mundo en todos aquellos que lo aman y lo obedecen.

Recordemos lo que Jesús dijo a sus discípulos la noche en que fue traicionado: *"El que recibe mis mandamientos y los cumple es el que me ama. Y el que me ama, será amado por mi Padre y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama obedecerá mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada con él"* (Juan 14:21, 23).

Cuán maravillosa es esta promesa, pero cuán pocos se dan cuenta de todo su significado y experimentan su gloriosa realidad: *"vendremos a él y haremos morada con él"*. Ya no es el estado del alma que oye al Señor llamar a su puerta y prometerle que cenará con ella en cuanto abra la puerta (Apocalipsis 3:20). Es el estado de un corazón que ha recibido a Cristo y disfruta a través de Él de toda la plenitud de la deidad que habita en Él corporalmente (Colosenses 2:9).

En otras palabras, es la dicha de un ser que ha visto a la Santísima Trinidad instalarse en él. El alma que goza de tal gracia y que es consciente de ella no puede expresar su felicidad con palabras humanas. Se prostra ante Dios en profunda adoración. Ya no habla de ella, pero Dios habla en ella. Disminuye hasta el punto de ser nada, de modo que Dios lo sea todo. Perfume, carta, imagen, embajador de Cristo, el cristiano se ha convertido en templo del Dios vivo.

En nuestros círculos evangélicos, generalmente se acepta que el Espíritu Santo debe morar en nosotros para que seamos verdaderamente hijos de Dios. Pero ¿cuántos han entendido que el plan de Dios para el creyente es hacer de él la morada de su plenitud? (Efesios 3:19). Si las Escrituras distinguen tres personas en Dios, nunca las separan y no sugieren que

la divinidad sea una especie de triunvirato. Dios es UNO y los verdaderos cristianos nunca han adorado a tres dioses (Éxodo 20:3). Así como el pensamiento, la palabra y la acción pueden pertenecer al mismo ser, así el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son UNO. En Dios, el pensamiento del Padre encuentra expresión en el Hijo que es la Palabra, y su manifestación en el Espíritu Santo que es la acción del Padre y del Hijo en nosotros.

Para la salvación de los hombres, en Jesucristo, el pensamiento invisible del Padre fue expresado en palabra y obra por el Hijo, y se cumple todavía hoy en nosotros por la acción poderosa del Espíritu Santo. Si la vida de Jesús en la tierra nos permite distinguir claramente la Santísima Trinidad, que está obrando: el Padre hablando desde el cielo, el Hijo saliendo del agua, y el Espíritu Santo descendiendo sobre él en forma de paloma (Mateo 3:16-17), los Evangelios también nos muestran que no podemos separar al Padre del Hijo o del Espíritu Santo. El que aquí abajo supo conocer al Hijo (Juan 14:7) vio también al Padre (Juan 14:9) y descubrió en la acción de Jesús el poder del Espíritu Santo (Mateo 12:18).

De esta unidad de Dios, que proclama toda la Biblia, se deduce que es imposible que nadie honre al Padre sin honrar al Hijo (Juan 5:23), o vivir en comunión con el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo que procede del Padre y da testimonio del Hijo (Juan 15:26). Un estudio detallado de los Evangelios y las Epístolas aporta gran claridad a este tema tan importante.

¿Puede alguien conocer al Padre sin haber recibido al Hijo? ¿Y puede ser llamado hijo de Dios sin conocer al Padre? Por otro lado, ¿puede haber aceptado al Hijo sin que el Espíritu Santo lo haya convencido de pecado? *"Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él"*, dice el apóstol Pablo (Romanos 8:9).

Puesto que toda la plenitud habita en Cristo, no podemos tener a Cristo sin poseer la plenitud en Él. Para mí no está Jesús y la plenitud, sino la plenitud en Cristo. Tener a Cristo es pues poseer ya la plenitud. Pero poseerla no es aún disfrutarla o manifestarla.

Para que la plenitud que habita en Cristo produzca sus frutos en nuestra vida, es necesario que en todo ocupe Él el primer lugar (Colosenses 1:18). Amigo cristiano, deja de mirar desesperadamente al cielo en espera de una extraordinaria efusión del Espíritu Santo. No pongas tu confianza en manos que no hayan sido traspasadas, para recibir la gracia física o espiritual que tu alma anhela. Deja de prestar oído a los que te prometen dones

sobrenaturales en respuesta a reuniones especiales esperando el Espíritu Santo. Ve a tu habitación y cierra la puerta detrás de ti (Mateo 6:6). Allí, solo ante Dios, en el silencio, la calma y la reverencia que corresponde a la presencia de un Dios tres veces santo (Isaías 6:1-5), vuélvete a ti mismo, y pronto percibirás todo lo que en ti obstaculiza la vida abundante del Señor e impide que la plenitud de Cristo invada todo tu ser.

Entonces las compuertas de tu corazón, demasiado tiempo bloqueadas por pecados no juzgados (Proverbios 28:13), o por un apego inmoderado a las cosas permitidas (1 Corintios 6:12), se abrirán y ríos de agua viva brotarán de tu interior (Juan 7:38). Hoy, lamentablemente, el hombre todo lo divide, todo lo desintegra y hay cada vez más confusión, falsos juicios, empobrecimiento y muerte. Así, vemos iglesias que piensan que deben reclamar más al Padre que al Hijo, mientras que otras creen ser más especialmente iglesias del Espíritu Santo. Y sin embargo, el Dios de Jesucristo, el que vino a darnos a conocer para que en Él tengamos vida eterna (1 Juan 5:20), es el Dios total, que quiere habitar en el hombre total.

Creado a imagen de Dios, el hombre es también una trinidad. El apóstol Pablo hablando de nuestra santificación describe al hombre en estos términos: *"Y que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserve irreprochable hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo"* (1 Tesalonicenses 5:23). Multitud de otros textos nos confirman que la Biblia distingue tres partes en el hombre; pero si los distingue, no los separa, porque precisamente su separación produce la muerte.

Según las Escrituras:

- *"Lámpara del Señor es el espíritu del hombre, la cual sondea lo más profundo del corazón"* (Proverbios 20:27). El espíritu es ese órgano superior e invisible del alma y distinto de ella (Hebreos 4:12), por el cual el alma humana puede ascender a Dios que es Espíritu, y comunicarse con Él, como se comunica con el mundo exterior a través del cuerpo. Es, pues, en nuestro espíritu donde se encuentra la sede del sentimiento de Dios.

- *"Porque la vida de toda carne es su sangre"* (Levítico 17:14a). El alma es, pues, la vida natural, la vida animal y psíquica del hombre. Es todo lo que forma nuestra raza, nuestra personalidad, inteligencia, memoria, sentimientos, voluntad, en una palabra nuestro yo. El alma es, por lo tanto, la sede del sentido del yo, su morada.

- El cuerpo es el instrumento visible del alma, a través del cual nos comunicamos con el mundo. Es la sede de los sentidos. Morada del alma, tienda donde moramos en la tierra (2 Corintios 5:1), el cuerpo sin alma está muerto (Santiago 2:26).

Originalmente, el espíritu del hombre unido al Señor debía dirigir el alma y dominar el cuerpo. Desde la caída, en el hombre no regenerado, su espíritu separado del Creador está en tinieblas (Efesios 5:8). La lámpara del Señor se ha apagado. El hombre se encuentra espiritualmente muerto en sus delitos y pecados (Efesios 2:1). Las pasiones de la carne reinan sobre el hombre animal, que no percibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque solo se disciernen espiritualmente (1 Corintios 2:14).

No siendo más que carne (Génesis 6:3), vive según la carne y apegado a las cosas de la carne. *“El ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz, pues los pensamientos de la carne llevan a la enemistad contra Dios, porque no se sujetan, ni pueden sujetarse, a la ley de Dios; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”* (Romanos 8:6-8).

El hombre alejado de Dios no es más que un esclavo. Satanás ha establecido su dominio sobre él a través de los deseos y controla su inteligencia, su memoria, sus sentimientos y su voluntad. Se necesitará nada menos que la poderosa intervención del Espíritu Santo para convencer al hombre de su miseria y pecado y hacer que anhele la liberación. Solo el Espíritu Santo puede vivificar el espíritu del hombre no regenerado y conducirlo a Jesús, a la verdad que lo hará libre (Juan 8:36). El hombre puede tocar e impresionar de mil maneras el alma humana, pero solo el Espíritu de Dios puede alcanzar el espíritu del hombre y llevar la verdadera conversión a todo su ser.

Si solo se ha tocado el alma, el cambio será superficial y de corta duración (Mateo 13:20-21). Pero si el espíritu ha sido regenerado y vivificado por el poder de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo, entonces se manifiestan los frutos del nuevo nacimiento, poniendo a todo el hombre, espíritu, alma y cuerpo, en el camino del Señor. Es entonces cuando se puede cumplir la maravillosa promesa del Señor: *“El que me ama obedecerá mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada con él”*.

En el hombre, Dios viene a hacer su morada. Y esta morada del Dios

vivo en nosotros tiene consecuencias prácticas incalculables para nosotros y para el prójimo.

- El Padre en nuestro espíritu se convierte en la fuente de nuestros pensamientos. Su voluntad deja de ser ajena a nosotros. Al contrario, se convierte en nuestro alimento diario, que para nosotros siempre es el mejor. Sus formas, antes incomprensibles, de repente se iluminan y hacen que un canto de adoración y alabanza brote de nuestros labios. El conocimiento cada vez mayor del amor del Padre nos libera de todas las desilusiones y crea en nosotros una armonía cada vez más profunda con Él. Todo se vuelve compartido entre nosotros y Dios (Juan 17:10). Cuando Dios ha tomado posesión de nuestro espíritu, toda nuestra vida está en la luz y nuestro espíritu reposa en Dios, en una paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7).

- El Hijo se convierte en Señor de nuestra alma y toma posesión de todo lo que le pertenecía, de todo lo que ella llamaba "suyo". Se establece con su poder para iluminar nuestra inteligencia a la luz de la fe, para purificar nuestra memoria y hacer reinar la esperanza que no confunde, y para vivificar nuestra voluntad en contacto con su inmenso amor. Así, a través de la renuncia a nosotros mismos, ya no somos nosotros los que vivimos sino Cristo el que vive en nosotros. Y lo que el cristiano vive, lo vive en la fe del Hijo de Dios, que le amó y se entregó a sí mismo por él (Gálatas 2:20). Cuando Cristo vive por la fe en nuestros corazones (Efesios 3:17), el alma que ha entregado al Señor las llaves de sus aposentos, puede entonces descansar en su amor que sobrepasa todo conocimiento (Efesios 3:19).

- Finalmente, el Espíritu Santo se convierte en el dueño de nuestro cuerpo. *"¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habéis recibido de Dios y que está en vosotros, y que ya no sois dueños de vosotros mismos? Pues por un precio habéis sido comprados. Por tanto glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son de Dios"* (1 Corintios 6:19-20). Estableciendo su dominio en nuestros miembros, el Espíritu Santo que tiene deseos contrarios a los de la carne (Gálatas 5:17), dirige la lucha en nosotros contra los apetitos de la carne, para que nuestro cuerpo, usado en el pasado para satisfacer nuestras concupiscencias, se convierta en un instrumento por el cual Dios pueda manifestarse en el mundo y realizar su obra (Romanos, caps. 6 y 12).

Ciertamente, este cuerpo de carne entregado al Señor sigue siendo

un vaso de barro, que se desgasta y se destruye pero que, sin embargo, contiene el mayor de los tesoros (2 Corintios 4:7). Poseído por el Espíritu, el cuerpo mismo descansa en seguridad (Salmo 16:9), sabiendo que *“si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó a Cristo de los muertos también dará vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros”* (Romanos 8:11).

Amigos, que en todo tiempo, el hombre que busca a Dios lo encuentre en nosotros, y que el que busca al hombre lo encuentre sólo en Cristo.

Después de veinte siglos de cristianismo, ¿hay todavía cristianos en la tierra? Ciertamente, dentro de una masa indiferente o incrédula, todavía es fácil encontrar católicos, ortodoxos, protestantes de todos los matices, pero ¿hay muchos cristianos auténticos en el mundo?

En una fría noche de diciembre, dos hombres, guías de almas, salían de un templo y hablaban entre ellos. Con angustia y desánimo, uno de ellos exclamó de repente: “¿Soy realmente cristiano?”. Juntos acababan de escuchar las palabras de Cristo denunciando con fuerza la hipocresía, la ceguera, la locura y la muerte de una religión sin realidad práctica (Mateo 23), la seducción de una forma de piedad que ha negado su poder (2 Timoteo 3:5). Viva y operativa, más cortante que una espada de dos filos, la Palabra de Dios había escudriñado su conciencia y ahora estaba juzgando los sentimientos y pensamientos de sus corazones. (Hebreos 4:12).

¿No es importante que consideremos honestamente si nuestro comportamiento en este mundo y nuestra actitud hacia nuestros hermanos pueden llevar el nombre de testimonio cristiano? Una pregunta importante, si alguna vez la hubo, y que nos gustaría plantearnos seriamente al comienzo de este último capítulo.

El testimonio cristiano es el amor de Dios manifestado en nosotros. *“Dios es amor, y el que está en amor está en Dios y Dios en él. La prueba de que el amor se ha perfeccionado en nosotros está en que tengamos plena confianza ante el día del juicio, pues ya en este mundo nosotros somos como él es. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. Así que el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor”* (1 Juan 4:16b-18).

Así, según este texto, cada vez que la angustia se apodera de nuestro corazón es porque ha faltado o falta algo en nuestro amor (Marcos 10:21), o porque creemos que no le debemos nada a nadie (Romanos 13:8). Porque este amor a Dios, del que hablamos, lo manifestamos amando a nues-

tros hermanos. *"Nadie ha visto jamás a Dios —exclama el apóstol Juan—. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se ha perfeccionado en nosotros"* (1 Juan 4:12). El amor que tenemos por Dios se mide por el amor que derramamos a nuestro alrededor (1 Juan 4:19-20). El amor que tenemos por nuestros hermanos brota del amor que Dios nos tuvo y que nos mostró en el don de su Hijo, Jesucristo, quien murió por los impíos (Romanos 5:5-8).

Si amamos tan poco a aquel que nos amó primero, es siempre porque olvidamos los sufrimientos y la muerte de nuestro Salvador, su sacrificio en la cruz. Esto es tan cierto que llegamos a predicar una doctrina pura a los demás sin vivirla, a reprender al prójimo sin juzgarnos a nosotros mismos (Romanos 2:17-24), a participar de la comunión sin amar (1 Corintios 11:17-34), a orar sin haber perdonado (Marcos 11:25-26), a ofrecer ofrenda a Dios sin habernos reconciliado con los hermanos por quienes Cristo murió (Mateo 5:23-25).

Y el mundo incrédulo lo sabe. Nos observa, tal vez todavía nos saluda, mientras nosotros evitamos a nuestros hermanos. Pero este mundo ya no puede creer que tengamos algo bueno para ofrecerle, ni que le traigamos la verdad. Para creer el mundo quiere ver. ¿Cómo, pues, creerán estos incrédulos que nos son queridos, estos miembros de nuestras ciudades y de nuestras familias que creemos que están amenazados de perdición eterna? ¿Los amamos realmente? Nos miran, nos contemplan. Orar por ellos, hablarles de Dios y de la Biblia, ¿es este el testimonio que puede llevarlos a la fe?

No les convenceremos queriendo probarles con argumentos filosóficos o científicos la existencia de Dios, o con pruebas históricas y críticas la inspiración de las Escrituras, ni siquiera asustándolos con el anuncio de un castigo que alcanzará a los rebeldes. Sólo el amor hace al corazón sensible a Dios. Si reivindicamos a Cristo, nos corresponde a nosotros hacer presente a Dios en nuestros hogares, en nuestras iglesias y en el mundo cuyos gemidos, suspiros y rebeliones llaman al gran ausente.

Pero para amarnos unos a otros, y así cumplir la ley de Cristo, debemos empezar por olvidarnos de nosotros mismos. Y para renunciar a uno mismo, es necesario ser absorbido por un objeto más excelente, haber sido cautivado por un ser de valor infinito, y por cuyo amor uno está dispuesto a sacrificarlo todo, incluso la propia vida (Filipenses 3:7-14). Es teniendo en nosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús (Filipenses 2:5), es

andar aquí abajo como él anduvo (1 Juan 2:6) cómo podremos ganar sin palabras a los que no obedecen la Palabra (1 Pedro 3:1). Esta conducta eficaz se llama amor.

- Un amor más excelente que todos los dones espirituales naturales o materiales (1 Corintios 13).
- Un amor que se regocija con la verdad, aborreciendo la mentira, la oscuridad, los falsos compromisos, las falsas humillaciones, sabiendo bien que lo que lo manifiesta todo es la luz (Efesios 5:13).
- Un amor que demuestra su fuerza al no ser vencido por el mal, sino al vencer el mal con el bien (Romanos 12:21).
- Un amor que defiende la verdad dejándose golpear, condenar, humillar, crucificar (Juan 18:38).
- Un amor que manifiesta la verdad sumergiéndonos en el olvido de nuestros propios sufrimientos para hacernos pensar en los dolores de los demás, orar por nuestros enemigos y hacer el bien a quienes nos maldicen o agravian (Mateo 5:44-48).
- Un amor que denuncia las injusticias y hace triunfar la verdad llevándonos a no golpear nosotros mismos a los culpables, sino a dejarnos inmolar para salvarlos (1 Pedro 2:21-24), cubriendo así multitud de pecados (1 Pedro 4:8).
- Un amor nacido de un amor más grande.

¡Vuelve pronto, Señor Jesús! Porque los que creen saber algo (1 Corintios 8:2) ya no aman el amor verdadero y los que no saben, perecen sin entender (Oseas 4:6).

¡Vuelve pronto, Señor Jesús! Porque el hombre piadoso ha desaparecido de la tierra (Salmo 12:1) y los que dicen ser tuyos ya no hacen la voluntad de tu Padre celestial (Mateo 7:21).

¡Vuelve pronto, Señor Jesús! Porque la maldad se multiplica y el amor de muchos se está enfriando (Mateo 24:12).

Sin embargo, Señor, nunca como hoy el mundo ha tenido la oportunidad de oír de ti, pero nunca menos que en

estos días malos ha tenido la oportunidad de ver a los hombres en Cristo.

Por todas partes se levantan hombres y mujeres, recorriendo la tierra, diciendo ser tuyos, proclamando con todos los medios a su alcance que tu nombre es la única esperanza del mundo. Todos prometen la felicidad, la alegría de vivir, la curación del alma, y hasta del cuerpo, a una multitud desamparada y abatida, como ovejas que no tienen pastor (Mateo 9:36). A todos les gustaría ser escuchados, comprendidos y seguidos. Pero están divididos entre sí y desean ser escuchados más que los demás, ver multitudes aceptar sus doctrinas, sus puntos de vista, su forma de ser si no su forma de vida. ¡Ay!, tan pocos se toman el tiempo de escuchar el lamento que surge de la tierra, tan pocos se esfuerzan por comprender a los pobres (Salmo 41:1), tan pocos se acercan a los desdichados, tan pocos se despojan de sí mismos para obedecer tus mandamientos, ¡oh Cristo!, tan pocos aman con tu amor que da y que se da.

En una palabra, muchos hombres y mujeres llamados cristianos pero pocos hombres y mujeres en Cristo, pocos hombres o mujeres que no busquen primero su propio interés sino el de los demás (Filipenses 2:4), pocos que no busquen primero ser comprendidos, sino comprender, pocos que no busquen sobre todo hacer que los demás tomen una decisión, sino que finalmente decidan negarse a sí mismos de verdad cada día y llevar la cruz (Lucas 9:23).

Estos son, sin embargo, los hombres y mujeres que el mundo necesita, la verdadera humanidad que ni sube de la bestia ni desciende hacia ella, hombres y mujeres humildes y mansos que no piden que participemos a costa de ellos, sino que se ponen en peligro a costa de las almas y los cuerpos (Lucas 10:35); hombres y mujeres sin máscara ni maquillaje, que llevan sobre sí el sufrimiento de los demás, porque tienen el oído, la mirada y el corazón de Jesucristo.

El hombre no solo necesita a Dios, sino que el hombre necesita al hombre (2 Timoteo 4:11). Pero, ¿dónde encontrar hoy un hombre? (Ezequiel

22:30). Sobre el enlosado del pretorio, hace casi dos mil años, Pilato presentó a Cristo diciendo: *"¡He aquí al hombre!"*. Jesús llevaba una corona de espinas en la cabeza y sostenía una frágil caña en la mano. En escarnio y para ocultar su cuerpo ensangrentado, los soldados le habían echado un manto púrpura sobre los hombros magullados por las mil heridas de la flagelación (Juan 19:1-5).

¿Es este el hombre que las iglesias sedientas de prestigio y poder muestran al mundo de hoy, el hombre sin forma ni brillo que llame la atención, el hombre cuya apariencia no tiene nada que nos agrade (Isaías 53:2), y que sólo tiene poder para sufrir y morir por los demás?

Pilato tenía razón. Hombre, el verdadero hombre, no hay otro, y la humanidad digna de ese nombre sólo existe en Él. Es la que no cuida la carne para satisfacer sus concupiscencias (Romanos 13:14), sino que ofrece su cuerpo en sacrificio vivo a Dios (Romanos 12:1-2), dando su vida cada día por la vida de sus hermanos (1 Juan 3:16).

Un cristiano genuino es un hombre o mujer en Cristo (2 Corintios 12:2). Es un ser cuya morada está en Cristo. Si vimos en el capítulo anterior que un hombre o mujer que busca a Dios debe poder encontrarlo en nosotros en la tierra, afirmamos hoy que cuando un hombre o mujer nos busca, sea para bendecirnos o para maldecirnos, sea amigo o enemigo, nos encontrará solamente en Cristo (1 Juan 2:28).

Amigos cristianos, ¿es siempre así? En todo tiempo, en todo lugar, en toda circunstancia, nuestro hogar debe ser Cristo.

Si Él se ha convertido realmente en nuestra vida, toda nuestra existencia debe transcurrir en Él. Si Él se ha convertido en el tesoro de nuestro corazón, donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Mateo 6:21).

Si el apóstol Pablo, escribiendo a los corintios, pudo decir: *"De manera que, de aquí en adelante, nosotros no conocemos a nadie desde el punto de vista humano; y si aun conocimos a Cristo desde el punto de vista humano, ya no lo conocemos así"* (2 Corintios 5:16), también escribió, hablando de sí mismo: *"Conozco a un hombre en Cristo..."* (2 Corintios 12:2a).

Muerto a su propia vida, el creyente ya no existe más que en Cristo y toda su vida está influida por el Hombre del cielo que recorrió la tierra y que ahora está sentado a la diestra de Dios.

El lugar del hombre y la mujer en Cristo está ahora en el cielo (Efesios 2:6) donde Jesús entró por él. Sus bendiciones son celestiales (Efesios 1:3).

En la tierra no tienen un lugar propio. Son extranjeros y peregrinos y su gloria aquí abajo es ser semejantes a Cristo en su muerte (Filipenses 3:10). Su poder lo encuentran en sus debilidades, y sus títulos en los ultrajes y sufrimientos que soportan por Jesús y sus elegidos. La gracia que los salvó les enseña y fortalece, y esta gracia les basta (2 Corintios 12:2-10).

Llegamos aquí a la cima del testimonio cristiano. Perfume, carta, imagen, embajador, templo de Dios, el cristiano se ha convertido en un hombre o mujer en Cristo.

Entre Jesucristo y sus redimidos todo se comparte. Toda la vida se basa en Él. Todo lo que afecta a Cristo le afecta a él, todo lo que le afecta a él, afecta a Cristo.

Lo que caracteriza la vida de un hombre o mujer en Cristo es principalmente la unidad. La vida de un extremo a otro es homogénea, estando dirigida en cada detalle no por consignas o una ideología particular, sino por el mismo principio, el formulado por Jesús a la edad de doce años: *"¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre?"* (Lucas 2:49b). Esta es la regla de una vida verdaderamente cristiana.

Pablo define el principio exhortándonos a ofrecer nuestros miembros a Dios, es decir, a nosotros mismos, como instrumentos de justicia (Romanos 6:13). Así que todo se hace en el nombre de Jesús. La vida transcurre en íntima comunión con Él, de modo que ya no existe para el cristiano una vida secular y una vida religiosa, a menudo separadas por un abismo. No hay un nuevo hombre bueno en el cielo, manso y puro, que canta himnos sobre las nubes, y en la tierra un viejo hombre de mal genio, que se arrastra vestido con los harapos de la mentira, la avaricia, la impureza, las pasiones, los malos deseos, la ira, la animosidad, la maldad, la calumnia y las palabras deshonestas (Colosenses 3:5).

Este viejo hombre ha sido crucificado (Romanos 6:6) y el nuevo hombre no tiene que aceptar la herencia de las obras de este muerto. Se despoja de ella y se reviste de la herencia de Jesús que murió por él. Se apropia de las obras de Cristo y se renueva en el conocimiento según la imagen de aquel que lo creó (Colosenses 3:10).

Nacido a una vida nueva, el creyente obra, ama a sus hermanos, acoge a las almas y las saluda en el Señor. En Él habla, come, bebe o descansa. En Él se une en matrimonio, y finalmente muere. El que permanece en Cristo debe andar como él anduvo. Es decir, debe llevar a toda su vida, en

el uso de los bienes terrenales, en los afectos familiares, en la gestión de los asuntos, en las alegrías y en las penas, un espíritu de renuncia total, de fidelidad en las cosas más pequeñas, un espíritu de caridad total. Este es el testimonio cristiano, fruto de un gran amor. La gloria de Dios, el bien del prójimo, nuestra santificación personal, son las grandes reglas de los hombres y mujeres en Cristo, y buscan aplicarlas en todas las circunstancias.

Finalmente, mencionemos algunas de estas reglas:

- Al elegir una profesión, el hombre o la mujer en Cristo no sigue necesariamente sus talentos naturales, sino que busca la voluntad de Dios, el plan divino establecido por Dios para él. No sólo considera la vida desde el ángulo del tiempo y de la existencia terrenal, sino que tiene una visión de la eternidad porque, ya aquí abajo, ha obtenido la vida eterna (1 Timoteo 6:12).

- En la elección de una esposa o de un marido, el hombre o la mujer en Cristo no sigue solamente las inclinaciones de su corazón o la llamada de sus sentidos, sino que pide a Dios la persona que le conviene (Génesis 2:18), quien le hará bien todos los días de su vida (Proverbios 31:12), y que siempre podrá alabar por valores que no cambian (Proverbios 31:28-31). Hasta el día en que Dios le conceda el deseo de su corazón, luchará por permanecer casto y puro, dejando que el Maestro eduque su voluntad enseñándole a encontrar en su ley su fuerza y su delicia (Salmo 37:3-5).

- En la vida matrimonial y familiar, el hombre o la mujer en Cristo pondrá a Dios primero, antes que sus deseos o sus miedos, sus ambiciones o sus decepciones. Y cuando las fuentes del amor humano parezcan secarse, cuando las dificultades, las fatigas, las pruebas se combinen para tratar de hacerle perder pie, en el momento oportuno (Lucas 4:13), cuando se ofrecerá a sus ojos, a sus manos, a sus labios el fruto prohibido, es volviendo a un amor mayor, al amor de la Cruz, que el hombre en Cristo triunfará sobre el fruto de Eva o Adán, y el árbol de Judas (Mateo 27:5).

Sólo el amor a Jesús puede renovar todo en nosotros y hacer que nuestro amor crezca cada vez más en el conocimiento y en la plena comprensión, para el discernimiento de las cosas mejores, a fin de que seamos puros e irreprochables para el día de Cristo, llenos del fruto de la justicia que es por medio de Jesucristo para gloria y alabanza de Dios (Filipenses 1:10-11).

- En la vida social o religiosa, en su trato con el mundo o con sus hermanos en la fe, el hombre en Cristo aprende a no considerar a nadie como

sucio o inmundo (Hechos 10:28), sino a considerar a su prójimo como superior a sí mismo (Filipenses 2:3b).

Siendo jefe, un hombre en Cristo ve en su trabajador un ser por el cual Cristo murió. Entiende las responsabilidades a su cargo.

Siendo un trabajador, un hombre en Cristo ve en su jefe a un ser que un día dará cuenta de su administración al Señor. Por eso trabaja, no para el hombre, sino para Cristo, quien juzgará y apreciará la obra y la equidad de cada uno (2 Corintios 5:10).

Un hombre o mujer en Cristo, cualquiera que sea su clase, su posición, su raza, está animado por el espíritu de Jesús, el obrero de Nazaret, el Maestro y el Señor que no vino a la tierra para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45).

Así como Cristo quiere regular nuestras relaciones con el mundo, quiere también presidir todas nuestras relaciones con los hermanos, deseando que, como escogidos de Dios, santos y amados, seamos revestidos de un corazón misericordioso, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, y apoyo mutuo. Y si uno tiene motivos para quejarse del otro, Jesús nos invita a perdonarnos recíprocamente, como Él mismo nos ha perdonado, y a revestirnos, sobre todo, del amor que es vínculo de perfección (Colosenses 3:12-14).

- En la alegría o en el llanto, en la enfermedad o en la salud, el mundo debe encontrar al cristiano *"en Cristo"*, un ser que ha aprendido a estar gozoso en las circunstancias en que se encuentra (Filipenses 4:11-13).

- Así, a la hora señalada por Dios, sea de forma suave o violenta, esperada o imprevista, el cristiano podrá morir en Cristo, para conocer, después de una vida para la gloria de Dios, esta muerte querida a los ojos del Señor, la muerte que reserva para sus santos (Salmo 116:15). El hombre o la mujer en Cristo sirve aquí abajo según el consejo de Dios, luego duerme en su Salvador. Puede completar su carrera a los treinta, sesenta u ochenta años, poco importa la duración de su vida. Lo principal para él es haber vivido peleando la buena batalla y haber guardado la fe (2 Timoteo 4:7).

Amigos, en medio de las multitudes que claman socorro, entre todos esos puños que se levantan hacia el cielo, entre todas esas manos que ya no pueden juntarse, entre todos esos que no saben lo que hacen, porque todos los que saben no hacen lo que deben, ¿no nos levantaremos?

¿No abriremos nuestras manos y nuestro corazón para dar a conocer

a los que sufren la terrible ausencia, los primeros signos de una presencia inefable, desplegando sobre todos la bandera de la primera y última victoria, la bandera del amor (Cantares 2:4) que Dios ha dado a los que le temen para que sea levantada por la causa de la verdad (Salmo 60:4), hasta que Él venga?

Amén, ¡ven, Señor Jesús!

El Cristo desconocido

Este artículo fue publicado por primera vez en enero del año 1956, en la revista evangélica francesa **"SERVIR"**, en la sección "Vida cristiana". Ahora, 66 años más tarde, podemos comprobar que el mensaje de este artículo no ha perdido actualidad.

El Cristo desconocido

En el umbral de un nuevo año, el deseo ardiente de nuestro corazón es que Dios haga que todos los creyentes, hombres y mujeres, sirvan verdaderamente al Señor mientras lo esperan. Pedimos a Dios que nuestros lectores redescubran, para su salvación, el verdadero rostro de Cristo, a quien Dios ha puesto como juez de vivos y muertos y ante quien todos, tarde o temprano, tendremos que presentarnos (Hechos 10:42, 2 Corintios 5:10)¹.

Los hombres de hoy están en actitud de espera. No trataremos de analizar esta expectativa porque, si bien es universal, varía infinitamente en su objeto. Para algunos, inevitablemente vamos a enfrentar una nueva guerra más espantosa que las anteriores. Sin embargo, si este terrible cataclismo no se desencadenara inmediatamente, algunos prevén nuevas revoluciones, nuevos problemas en el interior de cada nación. Otros, más optimistas, esperan firmemente la paz, esa paz duradera que debe dar al mundo una era de prosperidad, gracias a la puesta en común de todos los recursos de los pueblos y al empleo de los últimos inventos, utilizados con fines pacíficos.

En el apogeo de la civilización, el mundo inquieto y angustiado, ¿no verá emerger de pronto a un hombre capaz de hacer entrar en razón a la raza humana y de unir en un mismo pensamiento a todos los dirigentes de los pueblos? (Apocalipsis capítulos 13 y 17).

Entre los cristianos, un número cada vez mayor de almas vive a la espera de un gran avivamiento religioso. Para atenderlo y verlo manifestarse organizamos cada vez más la obra de Dios. Nos salimos del camino trillado. Se emplean nuevos y audaces métodos de trabajo e importantes medios económicos para dar a conocer y hacer triunfar el Evangelio.

1 ► *"Jesús nos mandó que predicáramos al pueblo y testificáramos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos"* (Hechos 10:42).

"Porque todos nosotros hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago según lo bueno o lo malo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo" (2 Corintios 5:10).

Vemos así el surgimiento de técnicos de avivamiento, de evangelización de las masas, especialistas en oración que crean “*células de oración*” en casi todas partes, que perfeccionan “*cadena de oración*”, convencidos de que, una vez que el mecanismo se pone en marcha, inevitablemente tendrá resultados proporcionales al esfuerzo realizado y al dinero gastado por la causa por excelencia.

Para algunos, el avivamiento será ante todo la realización de la gran esperanza ecuménica, la unidad de las iglesias; para otros, una cosecha extraordinaria de almas, conversiones masivas sin precedentes en los anales del mundo. ¿No oímos decir que “*estamos viviendo en la hora más emocionante de la historia de la iglesia, la edad de oro de la evangelización*”? Así, las reuniones religiosas se multiplican para dar oportunidad a que se manifieste el avivamiento, ya sea por la ansiada unidad de los cristianos entre sí, ya por muchas conversiones de almas perdidas. ¿No es durante tales manifestaciones, o como resultado de nuestros sinceros esfuerzos, que el Espíritu de Dios de repente soplará con poder?

Sin embargo, en todas partes, después de estas grandes manifestaciones de emoción religiosa, después de la euforia espiritual del momento, a excepción de un número muy reducido, los hombres siguen siendo extrañamente los mismos, y la cruz en la vida es más predicada que asumida.

Por otro lado, a menos que vivamos en la ilusión y queramos quedarnos en la superficie de las cosas, debemos darnos cuenta de que no estamos llegando a la gente descristianizada de nuestras ciudades y nuestros campos y que, a pesar de nuestra propaganda y de nuestros medios de publicidad, no gozamos, como la iglesia primitiva, del aprecio de todo el pueblo (Hechos 2:47)² que se siente mucho más atraído por las doctrinas materialistas que por nuestra predicación, ya sea que salga de labios de liberales o fundamentalistas.

Si queremos correr, debemos conocer la meta; si queremos pelear, no como golpeando al aire (1 Corintios 9:24-27)³, es hora de detenerse y se-

2 ▶ “... alababan a Dios y tenían el aprecio de todo el pueblo” (Hechos 2:47).

3 ▶ “¿No sabéis que, aunque todos corren en el estadio, solamente uno se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. De igual modo, todo aquel que lucha, se abstiene de todo. Ellos lo hacen para recibir una corona corruptible, pero nosotros, para recibir una incorruptible. Así que yo no corro sin tener una meta definida; no peleo dando golpes al aire; sino que golpeo mi cuerpo y lo someto a disciplina, no sea que, después de haber predicado a otros yo mismo quede eliminado” (1 Corintios 9:24-27).

guir la exhortación divina dada a través del profeta: *"meditad bien sobre vuestros caminos"* (Hageo 1:5 y siguientes).

Para muchos, el avivamiento se ha convertido en algo espectacular que se espera hoy o mañana, olvidando también, ¡ay!, que el avivamiento, considerado en uno u otro de sus aspectos, santificación, unidad de los creyentes o conversión de los pecadores, no es algo, sino alguien, el Cristo que vino, que está en nosotros, que está aquí muy cerca, a quien no alcanzamos, o a quien no queremos conocer como es.

El avivamiento es Jesús tomado en serio, es Jesús creído y obedecido al pie de la letra, porque nos amó con un gran amor. No se trata de saber quién nos lo traerá de América o de África, de la India o del Tíbet, ni siquiera quién nos lo hará descender del cielo, porque Él ya descendió.

Jesús no está en alturas inalcanzables. Esta más abajo que nosotros, y si ya no lo vemos, es porque hemos subido demasiado alto. Está con los pequeños, los humildes, los pobres, los hambrientos, los sin techo, los enfermos, los presos (Isaías 61:1-3)⁴.

Ya no estamos en la época en que Job podía gritar: *"¿Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su morada"* (Job 23:3). Ni en los días de Isaías, que dijo: *"¡Si rasgaras los cielos y descendieras...!"* (Isaías 64:1a).

¡Él ha venido! ¡Emanuel ha descendido! Después de tanto tiempo, Dios está con nosotros, pero, como Felipe, no lo hemos conocido (Juan 14:9)⁵.

Por las Sagradas Escrituras oímos sus palabras, conservamos su doctrina, pero hemos aprendido a contemplar su persona en gloria por la fe, más que a verla vivir entre los hombres de este siglo.

Usamos la fe para abrirnos una ventana al cielo, para crear una visión imaginaria de nuestro Dios, para escapar durante algunas horas de la tierra y creernos ya en la gloria. Toda contemplación, todo éxtasis que no va

4 ► *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido el Señor. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a anunciar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad del Señor y el día de la venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los que están de luto; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé esplendor en lugar de ceniza, aceite de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado. Serán llamados "Árboles de justicia", "Plantío del Señor", para gloria suya" (Isaías 61:1-3).*

5 ► *"Jesús le preguntó: —¿Tanto tiempo como llevo con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?" (Juan 14:9).*

seguido de acción entre los hombres es seducción. Las horas que pasamos en las cumbres nos son dadas para trabajar mejor en los valles.

La fe que nos salvó al llevarnos a aceptar la gracia de Dios, ¿no debería servirnos hoy más para descubrir el verdadero rostro de Cristo, tal como se manifiesta todavía en la tierra, este Cristo desconocido para la gran mayoría de los hombres que sin embargo reivindican su nombre?

Amigo lector, ¿eres cristiano? Sólo Dios conoce a los que son suyos (2 Timoteo 2:19a)⁶. Él no juzga por las apariencias, ni por la etiqueta religiosa, sino por el corazón (1 Samuel 16:7b)⁷.

No me guía escribir estas líneas para juzgarte. La Palabra de Dios que conoces es tu juez y te juzgará en el último día (Juan 12:48)⁸. Me guía simplemente el recordaros que pronto, vosotros que os llamáis cristianos, os encontraréis con vuestro Dios, como también se encontrarán con Él los judíos, los musulmanes y los budistas, porque para todos los pueblos, naciones y lenguas, hay un solo Dios, Señor de los creyentes, ateos, deístas, panteístas, católicos, ortodoxos, liberales o fundamentalistas protestantes. Su nombre es Jesús, *"nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre"* (Filipenses 2:9-11).

El Dios con el que todos nos encontraremos se ha manifestado en carne. Se reveló en Cristo Jesús. Es por esto que *"Dios, que ha pasado por alto esos tiempos de ignorancia, ahora quiere que todos los seres humanos, en todas partes, se arrepientan; porque ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio de aquel hombre a quien designó y acreditó ante todos levantándole de entre los muertos"* (Hechos 17:30-31).

Así, el Evangelio nos revela que aquel que fue constituido juez de todos es un hombre, un ser que vivió en la tierra y que sabe todo sobre la vida humana, que conoce todos los secretos de los hombres, sus pensamientos, sus palabras y sus caminos, sus motivaciones y sus intenciones (1 Corintios 4:5)⁹.

6 ► *"Pero el fundamento de Dios está firme, marcado con este sello: Conoce el Señor a los que son suyos..."* (2 Timoteo 2:19a).

7 ► *"... el Señor no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón"* (1 Samuel 16:7b).

8 ► *"El que me rechaza y no recibe mis palabras tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, le juzgará en el día final"* (Juan 12:48).

¿Qué sería de nosotros si, para nuestra sorpresa, lo escucháramos decirnos lo que un día dirá a las naciones reunidas ante Él para el juicio?: *"... tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber..."* (Mateo 25:42). ¿No sería nuestra respuesta la misma que la de las almas reunidas a su izquierda: *"... ¿cuándo te vimos hambriento, sediento... y no te servimos?"* (Mateo 25:44).

¡Somos cristianos! ¡Con Cristo tanto tiempo, y aún no lo hemos visto! Lector, en el amanecer del nuevo año, ¿hacia dónde miras?

Dios quiera que en los días venideros, descubras el rostro de su Hijo en tu propia casa, en las calles de tu ciudad, en tu oficina, en tu fábrica, en tu escuela, en tus campos, en tu prójimo a quien ves todos los días y que es tu hermano.

¡Ahí está, muy cerca de ti, y tiene hambre, hambre de tu amor!

9 ► *"Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien también iluminará lo que está oculto en la oscuridad y pondrá al descubierto las intenciones del corazón. Entonces cada uno recibirá su alabanza de parte de Dios"* (1 Corintios 4:5).

**Ser cristiano es ver
nuestra propia vida
derrumbarse y la vida
de Cristo edificarse.**

FC
EDITOR

